

DIANA ROGOVSKY

UNA CÁSCARA SE QUIEBRA

POEMAS Y RELATOS




EduLP

poesía

UNA CÁSCARA SE QUIEBRA

UNA CÁSCARA SE QUIEBRA

POEMAS Y RELATOS

DIANA ROGOVSKY



Rogovsky, Diana

Una cáscara se quiebra / Diana Rogovsky. - 1a ed. - La Plata :
EDULP, 2021.

Libro digital, PDF

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-987-8348-95-7

1. Poesía Argentina. I. Título.

CDD A861

UNA CÁSCARA SE QUIEBRA

Poemas y relatos

DIANA ROGOVSKY



EDITORIAL DE LA UNIVERSIDAD NACIONAL DE LA PLATA (EDULP)

48 N° 551-599 4° Piso/ La Plata B1900AMX / Buenos Aires, Argentina

+54 221 44-7150

edulp.editorial@gmail.com

www.editorial.unlp.edu.ar

Edulp integra la Red de Editoriales de las Universidades Nacionales (REUN)

ISBN 978-987-8348-95-7

Queda hecho el depósito que marca la Ley 11.723

© 2021 - Edulp

Impreso en Argentina

Índice

Parte I: Piel.....	6
Parte II: Calle.....	15
Parte III: Casa	21
Parte IV: Vida	25
Parte V: Personas.....	33
Parte VI: Amantes	37
Parte VII: El cuerpo y la ciudad.....	45
Cuerpos Cavernosos.....	46
Transparencias.....	89
Parte VIII: Otras vidas.....	95
Las almejas no gritan	96
Adiós muñeca.....	100
Elbia.....	103
Las azucenas y Egberta	106
<i>Millennials</i>	109
Vudú.....	113
Un plan chino	117

PIEL

Por cada paso que das
una garrapata se agazapa en tu hombro
te acecha el aguijón de la amargura.
No le falta el tiempo, no se apura o atrasa
un reloj de arena te sepulta
y la beduina que sos avanza
en medio de tormentas.

Ni bien te susurró el secreto está otra vez replegándose.
Jekyll-Hyde
más o menos suave
más o menos contingente.

En mí no está esa mortaja
ni encontrarás la carne de maja que buscabas.
No soy esa, ni esta ni ninguna
una cosa que soy, no soy ni sabe.

Si no estoy ahí
si me fui
si ves que no estuve quizás nunca
como la beduina de siempre
me iré de escena.

Si te tocan ahí, en el cuerpo
sabés que te tocaron.
A veces te tocan al mirarte
o cuando te hablan de lejos.
Hay que andarse con mucho cuidado
no se puede jamás saber
quién llegaría a tocarte
no siempre querrás
será dulce, a veces, y, otras, impactante.

Como todo golpe, deja sus marcas.
A veces, surfeás la ola
Otras, a los ponchazos.

Piel papel

cuerpo sin piel

oído cerrado

te has ido

a un país donde no hay vino, ni tierra.

A ese país

no iré más.

Un volcán en el nacimiento del esófago
un cuchillo en la garganta
un viento helado en la unión de los pectorales.

Nunca la poesía es un capricho.

Entre los dedos, el tiempo
la arena y el agua se escabullen.
El sol y los recuerdos
te llevan a lugares en que creíste estar, pero no visitaste.

La mañana te juega una mala pasada.
Repartís culpas, deslindás responsabilidades.
Mejor volver a dormir.

Quería domesticar el caballo
quería dobligar el zapateo
y arribar al jolgorio
escuchar la risa de su sien abrazando la mascarada que se sabe.
Pero no.

Había muchos hombres allí, que la miraban
siempre miran como posesos las mismas cosas
siempre apuestan a ser engañados con las mismas mentiras
y el miedo, que jamás miente,
se soldaba al fémur y al esternón.

Se reprochaba mirar con la glándula pineal
y al final es obvio
cada quien está en su propio viaje.

II

Le parecía incomprendible
la insistencia en el tedio, la reiteración y la amargura
la falta de cintura para el baile.

El paso del tiempo le indicaba
que una cosa es ser amable y, otra, tarada
por más que se quiera disfrazar de mamut a un mono.

Podés enamorarte de tus drones
te están siempre mirando
te hacen bailar, correr y maquillarte, ser.

No te contestarán.
O mejor enamorarte del androide
podés enseñarle a amarte.
Un recuerdo se irá yendo
y cada tanto te agujoneará en la piel y
en las carnes y en los huesos
para respirarte y correr

o si no sentarte al borde del lago
y mirarlo con los poros del cerebro
y ya nada habla
y es solo eso y está bien.

CALLE

Subo y bajo mil veces cada mañana
para inventar la que soy contra mí misma.
Los personajes que veo me impiden confiar
en cuerpos o palabras.

Pero no hago más que reincidir.

BONZO HOY

Chicos de la facultad con sus bandas de rock

muchachos clásicos
jugadores de pelota paleta
empleados de estaciones de servicio
cordiales ciclistas, jardineros

miran de lejos, o fuman
imaginan cosas que no pasan
cada tanto son abordados por una fuerza femenina que los hace vibrar,

más allá de sus encantadores modos de Huckleberry Finn.

El testimonio de sus entregas
quedará sepultado bajo el peso de amores serenos
cuyos velos, sin embargo, caerán algunas noches.

Quebradiza como un papel de arroz

viaja la mirada sideral
que ya no son ojos ni recuerdos
que ya no son follajes entrelazados
ni se posa
que ya no son lluvias ni rescoldos
ni bordes lejanos ni manada
ni pastos secos enrollados
ni conceptos ni palabras.

En todo eso se monta la otra cosa que viaja que va y viene
sabiendo y no sabiéndolo todo de antemano
suspendida en humaredas, nubarrones
arqueándose en la nada.

Al despertar se entremezclan los humores de los sueños en la duermevela
luego el sol del invierno te da en la cara
tus ojos sobrevuelan letras, palabras, imágenes aladas en la pantalla plana o donde sea
un poco de chic y chac, las neuronas o vaya a saber hacen lo suyo
y te mejora el humor.

Unos mates hacen el resto
y salís con el traje a por las calles.

Caminaba por la avenida, el bulevar
las tipas, la plazoleta y la fuente
allá en la esquina la florería y el recuerdo
del kiosco de libros usados donde mamá compraba *una novelita po-
licial*.

Fue la luz de septiembre contra la casa curva en la ochava
fue el aroma de azahares
fue la sensación en las piernas de otra vez caminar esas cuadras y de-
jarse perforar por la ciudad.

Es un mecanismo muscular, una sinapsis
el aroma a azahar y las novelitas policiales me daban ganas de andar
mucho
y como Kavafis otra vez ser eso, ese mapa que es mismo
en una nuez, un cerebro, el delta de un río.

CASA

Tu casa
de plantas mojadas
infusiones
libros, libros, libros

son mis paredes
son los bordes de mí
una casa donde alguna vez
fui.

El campo me brotó en los ojos
las siluetas negras contra el ocaso.
Las plantas
se extendían hacia la luna.
Los perros saludaron en mí a una diosa antigua
que se escabullía en el bosque.

Cuando no hemos dado sepultura a las pequeñas cosas
las grandes cosas de todos los días, las que amamos
el vaso, el árbol, el papel metalizado de los chocolates
se esparcen por el aire, por nuestros sueños
caminan por la casa flotando entre cuadernos.

Vuelven en tropel y no te engañes, son tus cosas.
Son las que elegiste y las que te eligieron,
a las que te aferraste como un náufrago.

Todo se ha ido y no volverá y si lo hiciese,
no lo reconocería.

VIDA

En mi vitrina
Mariposas secas clavadas con alfileres.
Sus colores brillantes y ya muertos se vuelven polvo.
Nadie las toca y, sin embargo,
se deshacen en el tiempo, solas.

Una armadura te cubría
imaginé mientras dormía que a mí también
supe y olvidé la manera de perforarla
ya no quise nada.
Es raro
la señorita vació cedió sus insignias.

Solo me cierro y voy
sin amor, sin cosas, sin sed ni estragos.

Capturar la luz de la mañana

las fantasmadas que insisten en colarse

en aquello que pensamos la realidad de la vida.

Por unos segundos

las ráfagas y las parcas suspenden la sonrisa como el gato de Chesire

y una broma nos trae de vuelta

a las tramas y los brillos

de caminar el día.

No debo nada, ya pagué
no le debo nada a Entel
ya pagué
y ando por ahí
más liviana
como después de bailar.

Me mira el mar como me mira el río y cambia
cambia como yo cambio
como el día, las nubes, las aves y los peces cambian
y me pregunto si el mar sabe que es el mar.

Será una noche
de luna fría, lejana como un río
que no devuelva la otra imagen
y conversemos amablemente
suspendiendo la poesía y el tiempo

Será un rocío, un remolino,
un viento, un giro interminable.

Voy a inventar un mundo que funcione
porque este no va
es una desgracia.

Lo voy a hacer marchar a gas, a vapor y a electricidad
con la fuerza de las neuronas lo voy a fabricar hasta que arda.
En una playa miraremos los restos de la hoguera
como si no importara el paso de las horas.

PERSONAS

Me cuenta cosas terribles, tan tristes
su vida era una lágrima
brillante al sol de invierno como plata.
Yo había empezado el día con casas marcadas por el sol
y al mediodía fue oscuro, frío.
Ella sentía el olor del miedo todas las noches.
Yo buscaba una palabra que la abrazara
que cambiara su piel
sus noches blancas.

Era la perla del cuadro de Vermeer
en el film.
Scarlet Johansson se atraviesa la oreja para que él la pinte
la esposa enfurece
por las perlas
y la echa.

El rostro de ella, su boca
es la ostra, es la perla
él tiembla al verla
fabrican los colores.

Ella acomoda una silla, corrige.
Es una película muy *artie*, pero Scarlett es imbatible
y él no está nada mal.

Te pasas la película con esa tensión latente
sin consumarse (¿o sí?)
Al final, él le manda las perlas.

Al otro día, inquieta, miraba el cuadro una y otra vez por internet
es como si acariciaras ese rostro.
La esposa sabía, pues ella había sido pintada antes.

Cometiste el error de hablar de eso con alguien
siempre te sale mal ahí, es así.
Y luego soñaste con las perlas
la serie de los aritos y el anillo al borde de la cama.
Una urgencia te vino en ese sueño que precipita las cosas
Tuviste que actuar, ocasionar.

Cierra la fase como una luna
la perla es la luna, es el sueño
de todas las noches de Scherezade.

AMANTES

Vías desvaídas

He pensado si eras un fantasma
si existías más allá de mi imaginación
cuando te tocaba me parecía que sí
cuando te ausentabas me parecía que no
cuando escribías venías por un rato
pero a la mañana siguiente te ibas doblando una esquina
como un gato que se escabullía entre las casas.
A la mañana yo era una, y, a la tarde, otras
por eso nunca sabía bien qué hacer
o bien hacía cosas que luego parecían contradictorias
lo que ocurre no sucede, o sucede tarde

éramos trenes que nunca se cruzan.

Te veo, seco como un árbol viejo que mira a un televisor
deshojando muchachas dolientes, expectantes e ilusas
me veo casi transida de mirar helado y sentir fuego

pienso en mis crueldades involuntarias
evitarlas puede llevar toda una vida.

No es fácil seguir si siempre estás
con uno, con el mismo que son siempre por lo menos dos
podemos ir, venir
el delicado arte de escuchar y no escuchar lo justo

si se agota muy rápido, es difícil.
La poética de las distancias adecuadas.

Dame un río un barco
no fotos de aniversarios o cumpleaños
agua, descanso
no tu triste historia de varón
puedo oírla pero prefiero
que vuelen las astillas de las copas por el aire.

ESOS OJOS

Y ahora me vengo a dar cuenta
de esa oscura mirada
aviesa red que te enredaba y me anclaba
a un fondo que no era y nunca sería.
Me doy cuenta de que se parece a otra
— pero en él es vaga, errática y no dura —
por esa alusión yo puedo estar y seguir a su lado.
Porque la tuya era tan verde y negra como la original que me anegaba
Y, por eso, que yo sabía y no sabía, como todo,
me ahogaba.

Como que las cosas
a veces dependen de una sola letra.
Y ahora me doy cuenta de la trampa
que es la melancolía.

El caballero de la guadaña
hizo sonar los relojes
— nuestro tiempo corre — dijo
y un poco en broma
un poco en serio
accionó los mecanismos de la gran máquina.

Tic tac
tic
tac
tic
tic
y tac.

Como las gotas que serán estalactita
una fue la última
—que no se diga que no se veía venir, pues se veía—.
Los actos y sus consecuencias.

Tic
tac
glu
glu
glu.

Que no se diga tampoco que no se sabía
que para cada camino hay, al menos, dos opciones
o tres, para ser justos.
La que es *sí*, la que es *no* y la que es realmente una invención.

Uno por arriba
uno por abajo

y uno por el otro lado.

A la limón la limón món verde
que ya mi niña se irá a dormir.

*Baa baa white sheep
Have you any wool?
Yes sir, yes sir
Three needles full.
One to mend a jumper
One to mend a frock
And one for the little girl
With holes in her socks.*

EL CUERPO Y LA CIUDAD

CUERPOS CAVERNOSOS

I

Mientras duermo se forman cadenas de materia fecal en mi colon: ascendente, transverso y descendente, recto. Se preparan para irse al ano. Así como esas curvas son las circunvoluciones que se van durmiendo, algunas, y otras que se envuelven, se retuercen en delirios y ensoñaciones.

Como si esa fuera la forma de una escritura.

Hace no mucho, tuvieron que ponerme una sonda por la nariz, estaba intoxicada de gases, de chifladuras de intestinos. Tardé un poco en darme cuenta, atrapada en los laberintos de la ciencia médica.

II

Me pareció reconocer a alguien cuando bordeaba la plaza en el auto. Todo era imposible, saludarla, ignorarla, desatender la profusión de imágenes que el cerebro proyectaba en segundos en una sucesión de sensaciones y atisbos de sentimientos que no alcanzaban a coagularse. La velocidad de la mente. Quise huir pero era imposible, no se puede en medio de una rotonda.

III

Dos muchachas espléndidas. Ambas altas, fuertes, ágiles. Se subieron al techo y acomodaron la antena. Entre mates, nos divertimos conversando. Mucho más hábiles en el trato que los muchachos. (¿Dónde era que no aprendían?).

Una me contaba cómo colocó el alambre boyero para evitar problemas con los vecinos y los perros, pero eran pocos voltios. Además, tuvo que castrar al macho. “¿Por qué solo las hembras?”, espetó.

Un destello salvaje, cruel, se dejó ver en su rostro perfecto.

III

Me hablaba de mujeres que lo dejaban y que él dejaba como si fueran pulóveres que se ponían y sacaban. Pensé que las destruía o, al menos, lo intentaba. Pero él no se daba cuenta; y, además, ya se notaban los signos de su padecer.

Después pensé que en su vida no hacía más que trabajar para otros. Eso me entristeció. Pero él no se enteraba.

Como me gustaba mucho por razones incomprensibles, opté por desatender todas esas cosas empantanadas. Durante algún tiempo eso funcionó como un escudo ante sus ataques constantes a quien pretendiera acercársele, sus manotazos de ahogado en el propio sí-mismo que no sabe quién es. Pero, ¿alguno sabe?

IV

Por los túneles de nuestros oídos sus palabras viajaban a todo tren. Se mezclaban la violencia, el niño, su cuerpo delgado, el juez de menores, las drogas, planes de asesinato, engaños varios, ideología. Entendíamos y no entendíamos, a la vez. Sin embargo, las tres supimos que ese relato nos anudaba para siempre.

V

En el fuera de campo, en el vacío de lo que solo se bordea y los nombres que no son dichos, están las claves y secretos. Motores que mueven y mueven desde tiempos inmemoriales.

VI

“¿La zona de los bosques?” Ella hermosa, maquillada, pelirroja y carnal. Él, con camisa amarilla, pantalón de traje gris y un peluquín color betún. Su rostro dejaba ver un gesto lascivo y repugnante. Asomada desde la ventanilla, él detrás, parecían venir de lejos, balbuceando frases inconexas que simulaban explicar o inscribir algo en el ritmo matinal de la ciudad. Me pareció una señal.

VII

“Y, entonces, ¿qué van a estudiar luego de la secundaria?”, preguntó la profesora de Letras.

“Yo voy a ser actor porno”, dijo uno de los adolescentes.

“Me sentí tan boba”, me cuenta la profesora.

VIII

Cada mañana pienso que estoy ante una ventana que me aguarda. Me demoro imaginando la alegría que dará abrirla, la euforia que me habitará en cuanto lo haga. Las hebras de sol que se cuelan por las hendiduras no hacen más que confirmar la conmovedora belleza de ese momento. Me agarro los dedos de los pies y los alargó todo lo que puedo. Me fio de los gestos y los actos para ese perdurar masturbatorio y mental, como si los gestos, como si los dedos de los pies y las manos hurgándose entre sí detuvieran la mente. Por supuesto, no resulta, pero muchas veces tiñe de una alegría idiota los momentos que lo seguirán.

IX

Hay quienes se quejan del olor a tilo en la ciudad, por sus alergias. Pero el modo en que un olor te toma por completo es algo poderoso y como una bendición. Bajar del auto muy temprano en la mañana y que ese aroma te asalte, entonces bajás y toda la vereda está llena de florcitas amarillas y viene una paloma y las agita: girar la cabeza hacia la derecha y ver un Falcon con una niña adentro que se acomoda las sandalias, caminar por la plaza donde jugabas de niña y ver un manto de pétalos violetas de jacarandá que te invaden puntillosamente. Me hace acordar a una mañana en que desperté y todo el auto estaba cubierto de pétalos violetas de jacarandá y ese mismo día, al atardecer, cuando todo el auto estaba cubierto de pequeñas flores de tilo y es como si toda mi vida hubiese estado cubierta de pétalos, sin alergias.

X

Las flores del sauce no se destacan entre otras. Pero el sauce florece muy temprano y las abejas lo eligen. El zumbido y el aroma, mezcla entre sauce y miel, se hace presente como la emanación de un dios. En la pampa, cerca del río, entre las ramas que caen y se meten por debajo de la piel cada mañana como figuras retóricas de tu propio pasar por ahí.

XI

En un momento, con mis hermanos nos vimos en la necesidad de desprendernos de los libros de piano de mi abuela a la que no conocimos. Durante nuestra infancia, nuestro padre irradiaba una profunda melancolía, acompañada de un goce malsano e impenetrable, ante el cual ninguno de nosotros podía ofrecer la menor compensación, llegar siquiera a los talones de su añoranza por la pérdida de su enamorada, dulce y delicada madre. Nunca pudimos hacer nada con ello, nosotros ni nadie.

Me daba la sensación de que mi vida era una pérdida de tiempo, un sinsentido. Viene a pasar que, cuarenta y cinco años más tarde, se presentan inhumadas esas palabras que no podía decir entonces. Estaban escondidas detrás de mi cara roja, de la vergüenza de tener una cara que nunca era la cara que tenía que haber sido. Ese tesoro intocable, ese altar sagrado que permanecía arriba de un piano que aguardaba por alguien. Cuando mi padre murió, supimos que no podíamos más que quemar esos libros, como locos.

El piano está ahora en mi casa. Quizás pretendí revivir a Serafina.

XI

En ese patio cuadrado se conjuraban los terrores de la noche. Terrores ante los cuales los tres hermanos sabíamos unirnos en una alianza que atravesaba los tiempos, siempre al margen de las voces de los adultos, más allá de los murmullos del rosario, del chismorreo entre las vecinas o las parquedades y medios dichos de las hermanas, ya viejas desde siempre.

Nos escondíamos entre las plantas, en el miedo a la muerte y el misterio. Y así aprendimos muchas cosas distintas, pero juntos, por ese camino que nos tocó. Ese patio viajó, atravesó muchos años y lo reproduje en mi casa, con quien fue mi esposo. Le sigo dando vueltas, atraviesa demoliciones, susurros, lecturas y recibe como un pulmón los latidos de la insignificancia, del erotismo, el rocío, los animales y las plantas. Absorbe y recicla esas fuerzas, carnes y polvaredas como una gran usina en la que quizás resida el secreto del origen que no conoceremos.

XII

Hubo un tiempo en que la gente hacía fundas para tapar los televisores mientras no se los usaba. Encima les ponían algún adorno, además. Se lo disfrazaba como a un objeto ominoso.

XIII

Pilas y pilas de libros. Ceniceros en la mesa de luz. Muchas horas en la cama. Un espantoso acolchado color verde veronés de materiales sintéticos. Ropas desaliñadas sobre una cómoda. Lindos cuadros con dibujos. ¿Fue antes, es ahora?

XIV

Hago un esfuerzo cuando miro la pantalla del televisor por entender el juego, apasionarme por las estrategias, jugadas y todo lo que las rodea. Pero es un esfuerzo que jamás prospera, me agoto enseguida y sigo mirando sin ver ni entender nada, presa de ceguera psíquica.

Cuando lo pienso y analizo me parece apasionante, imagino las sensaciones de estar entre la muchedumbre en las tribunas, por un momento rozo las pasiones que se escenifican. Pero todo eso huye muy rápido. Mi padre escuchaba la radio los domingos y tomaba mate en un matecito de metal azul con lunares blancos irregulares. Sufría mucho por eso al escuchar la radio, no había elegido un equipo que lo dejara satisfecho. Una vez me llevaron a la cancha, pero no me gustó. Ahora quizás me gustaría estar allí, pero seguramente se desvanecería el es-

pesor del ritual, que no logro sentir. Y no se puede una forzar a sentir lo que no siente.

Mi cuerpo recuerda la sensación de fracaso y frustración, de tedio de largas tardes con mi padre: lo inservible de mi existencia muda. Creo que no puedo comprender la pantalla y me ausento pues nunca pude comprender esa escena tan intensa y gozosa en su sufrir en la que siempre estoy fuera.

Quizás de ahí nazca el impulso de inventar, armar escenas en las que estoy mirando lo que pasa desde afuera. En ellas puedo saber de antemano, ya que yo las "dirijo", las convoco como una bruja loca inventora y un poco estúpida. A fin de cuentas soy una que se solaza en la repetición de un universo en el que se sabe un poco lo que puede llegar a suceder.

Como una *voyeur* que confirma obsesivamente siempre lo mismo, o un científico- abogado tras las pruebas.

XV

A veces las palabras son barcos, a veces puentes o vasos comunicantes. O sea, el modo de un viaje, de un transporte de cosas más sólidas, etéreas, inmateriales. Unas trasposiciones de unas cosas en otras. A veces son como coágulos, lunares de sangre.

XVI

Me dijo que lo enternecía el modo en que lo abrazaba, semidormida y desnuda, cuando se iba a su trabajo bien temprano. A mí me inundaba una ternura vasta por él, agradecida de ese cuerpo saciado por un rato, sereno y en paz.

Ese resto de borrachera de fiesta sensual que se mezclaba con todo lo del día: una energía que iba poblando los jueves, esas mañanas perfectas, la tarde de sesión luego como un evento elegante y glamoroso, las ganas de tomar un café en algún bar.

¿Cómo no abrazarlo, cómo no decirle que todo esto era algo que él abría, como una llave, en mi cuerpo, en mi vida que otras veces se había sentido tan seca? Me volvía una muchacha en flor y todos

los muchachos del mundo con sus rubias barbas, sus voces bellas y musicales y las timideces venían y lo habitaban, esos que alguna vez me habían amado.

XVII

—No se puede fotografiar acá —me dijo.

Intenté una segunda vez tratando de esconderme entre las calles y volvieron a llamarme la atención.

No quise confrontar, pero, ¿por qué no se puede?

Un árbol salía de un sepulcro de granito y en el borde de otra placa movida se veía un enjambre de abejas sumamente activo: el triunfo de la vida. El calor hacía que me doliera la cabeza, pero, de a poco, la transpiración comenzaba a aliviarme, los músculos y la piel dándome la sensación de estar viva. Quizás había ido para eso.

O para estudiar al cuerpo; es como un conjuro que te permite habitar el mundo y ahí entonces podés ponerte a investigar montones de cosas en proyectos programados estrictamente como para serenar el sistema nervioso central. Ahí fue que me di cuenta de que lo que odio de la cocaína es esa velocidad tan torpe que se engancha en el cerebro, porque el vino se transpira, el humo se respira, hay combustiones, tiempos de digestión. En cambio, esa droga insensibiliza. Hace sentir como lúcidos a pedantes bobos muy rematados, que, para colmo, se sienten comunicativos y hablan hasta por los codos cualquier cosa que se les cruza por la cabeza. Es una droga que no tiene nada que enseñar, excepto a trabajar como martillos neumáticos, *pum-pum-pum*. Hay muchos rockeros que no serían quienes son si no fuera porque otros quieren que ellos sean eso. Los masturban todo el tiempo y ellos gozan sin cesar cumpliendo ciegamente las órdenes que les dan y después se preguntan (bah, yo me lo preguntaría) por qué tienen ganas de pegarse un tiro. Es un círculo irrompible salvo que puedas saltar hacia arriba, cosa que no cualquiera está dispuesto a intentar. Y, entonces, por un lado, me sentí apenada de todo ese triste espectácu-

lo y, por otro lado, me sentí feliz de no sentirme para nada impresionada por ese triste espectáculo.

En medio de esas calles del cementerio pensé que los artistas a veces son unos pedantes que Dios nos libre. Están como medio muertos algunos ya para la vida y a veces ni siquiera podés decir que han hecho una obra que tenga algún mínimo grado de poesía, dignidad. Todo mi enojo sudoroso, como la ira de un reptil del desierto, afloraba entre las tumbas. Me rechinaban los dientes, caminaba cada vez más rápido. Tuve mucha sed.

En ese momento salí del cementerio con la sensación de la tarea cumplida.

XVIII

—¿A quién busca? —dijo el guardián de la ciudad de los muertos sentado en una esquina y captando mi desorientación.

Balbuocé una mentira en la cual se implicaba mi apellido y seguí en dirección al cementerio judío, que estaba cerrado.

Y entonces empecé a ver las bolsas negras con las flores de plástico dentro, las lápidas removidas, todas las personas que estaban trabajando y empecé a imaginar sus tareas, que el cementerio esté lindo y todo lo que hay que hacer, los puestos de flores, naturales y artificiales, que hay afuera. Un trabajo como cualquier otro.

XIX

Había un piano centenario, de cola. Y había un pianista hermoso que amaba esa casa y ese piano en particular. Era alguien que degustaba conmigo el arte de la conversación y todo lo que decía era brillante, inteligente. Le pedí, le rogué, le ordené cosas, apelando a Chopin, un polaco que te resguarda en un infinito inconcluso de tiempos de tres. Aceptó. Sabíamos que nada quedaría como había sido hasta entonces. Por unas horas todo fue posible, no hubo miedo ni vergüenza.

XX

El níspero mezclaba un verde más claro de los brotes nuevos con uno más oscuro de los anteriores. Por detrás, la palmera se erguía interminable. Los agapantos, la glicina, el jazmín, las parras, los helechos, la planta del pájaro, todo eso latía y nos llamaba y era lo más increíblemente vivo que nos podía ocurrir a Alicia y a mí, que por puro culto a la amistad hablábamos de plantas. En un momento nos pusimos a contar conversaciones en la cola del banco, de la necesidad de no contestar cuando alguien desconocido se queja de los cambios climáticos o bien de que se le arruinó el bajo mesada en la inundación, cuando hubo gente que perdió todo, muchos que se murieron y otros que casi.

También hablábamos de tomar conciencia del cuerpo en esas colas, de estirarse. Bah, eso nos contaba el muchacho que estaba con Alicia, que aprovechaba esos momentos para leer o hacer otras cosas.

XXI

—Entonces, ¿cuál leíste? Yo lo empecé, ¿qué te pareció?, ¿no es muy machista?

Era *Lo bello y lo triste*.

Y él había leído *País de nieve* y unos cuantos más.

Cuando llegamos, mi amiga me presentó de un modo que lo obligó a mirarme las tetas. Me dio un poco de vergüenza pero a la vez eso obvió el disimulo posible para mirar, en caso de que él quisiera hacerlo, y esa conciencia fue motivo de una pequeña y pícara alegría. Nuestra amiga fue muy explícita en esto de querer engancharnos, tremenda desvergonzada que a la vez se aliviaba ella de sus tejemanejes y aburrimientos.

XXII

Hay una hora de la noche perfecta para ir a una milonga. Vos sabés que te espera allí la música, la no pregunta, las sonrisas y el hecho de que todos simulen alegría porque hayas ido. Ningún ambiente es mejor si estás melancólica, aburrida o triste. Siempre allí estarás có-

moda, es *fantasy*. Es como si aceptáramos sobrepasar juntos nuestros dolores bailando, conversando, bebiendo. Al lado de otros lugares a los que se puede ir cuando ya la noche avanza, es de una piedad admirable y, aún hoy, extraordinaria.

El amigo de mi amigo que quería convencerme de que fuera con ellos las veía siempre en el Senado. Pero al final se hizo demasiado tarde y no fuimos, quedó como sobrevolando ese aire de la milonga que nos llamaba, haciéndose extrañar sin perder la paciencia.

XXIII

Una vez me explicaron lo de la línea de tiempo, pero no lo entiendo. En cambio, me parece que el tiempo son varias líneas superpuestas, como pentagramas de tiempos, estratos de distintas densidades por los que se puede ir y venir en direcciones opuestas. A veces en una capa te desplazás hacia adelante y, en otra, atrás y, en una tercera, estás quieta. De hecho, no sé cuántas capas o líneas son, si estas pueden multiplicarse indefinidamente, si aparecen y desaparecen de acuerdo a las experiencias que vivimos. Más bien, quizás los límites sean perceptivos para identificarlas. Lo que no carece de utilidad para poder vivir puede ser la idea que te sustrae a la ansiedad y que cavilar estas cosas te ocupa en actividades fútiles pero nada autodestructivas.

XXIV

Cuando caminás por las calles de las zonas ricas en alguna gran ciudad cosmopolita, vos ves que las plantas luchan entre los edificios por salirse de los cancheros, los árboles intentan con sus raíces horadar la tierra más y más. Los ricos, en sus esfuerzos de domesticación, lógicamente pueden más que los pobres, por los recursos con que cuentan y el hábito de la fuerza y estrategia en las acciones que doblegan. Entonces, si estás atenta, esas plantas se van metiendo en tu cuerpo y los aromas también, que en las ciudades, en atardeceres de verano, son como la brisa de la playa.

También ves a las personas que pasean a los perros caminando por las calles con las correas, toda una negociación de domesticaciones y

afectos ante la gran soledad del mundo. Son elegidos, los perros. Ellos no hablan, a veces me pregunto qué sienten, qué piensan. ¿Acaso les gusta ser los elegidos, los cuidados, los operados, vacunados, castrados, enterrados, amados?

En el campo, cuando hay luna llena, recuerdan que han sido lobos.

XXV

Desde que visité las minas de Chilecito, hace dos años, miro las construcciones y pienso en cuántos muertos habrán sido necesarios para terminarlas. Entonces, los grandes y altos edificios de las enormes ciudades aparecen como desfiles de muertes. Me reprendo diciéndome que no toda construcción requiere de muertos. Los grandes monumentos de la arquitectura resultan algo monstruoso ahora, ¿vale la pena pagar ese precio? Algunos decidieron que sí y otros morían en las alturas o acarreando piedras.

La sola idea de acarrear muebles por ventanas de edificios de muchos pisos, subir las cosas en ascensores, construir las cañerías, los cableados eléctricos y las cloacas, colocar esos vidrios en tremendas alturas me da vértigo, una sensación de desolada injusticia que arremete y aniquila otras posibles sensaciones que la ciudad cosmopolita y sus encantos, como las voces de las sirenas, durante muchos años me producían.

Al doblar una esquina me pareció que escuchaba una voz que decía: "El gran secreto de todo esto, que durante tantos años intentaste descubrir, es que no hay secreto".

XXVI

Una hamaca paraguaya te lleva a otra, un cuento japonés, a otro. A los de tu propia vida. Hubo un verano, ya mucho tiempo atrás, en el que sufrí una alienación. Era entonces una muchacha codiciada y también odiada. Presa de una tensión casi insoportable, una tarde fui habitada por una risa loca. Me ponía en cuclillas, miraba pícaramente y casi no podía hablar. Mi amigo dijo: "Parece un duende". María me vio abrazada a un árbol y me dijo: "¿lo querés mucho?"

Percibía unas formas latentes, savias. La sangre del árbol que sube y baja, la fuerza permanente, su silencio. Cuando veía los árboles cortados ya secos, me preguntaba si esa fuerza que a veces es verde y a veces más dura que las piedras podría ser abarcada. Como un vampiro que absorbe ciegamente la vida de lo vivo. Con los años se degusta la copa con más delectación y sin tanto apuro, pero detrás está el ansia.

XXVII

La casa estaba en medio del campo, no había ni un solo árbol. Era un poco lujosa para su época de construcción, con una extraña arquitectura. Algo en ella, en el campo en medio del calor resultaba infernal. Imaginé que no sería fácil vivir allí.

Ellos estaban mal, agotados. Se iban a mudar pronto, debían dejar la casa que les habían prestado, también parecía haber expectativas de su dueño que ellos no habían cumplido. Quizás la ciudad los ayudara para no tener que estar todo el tiempo frente a frente, escudriñándose. No perdían la calma.

Se habían casado sin conocerse, aunque cuando una se casa muchas veces descubre que la persona con la cual te casaste, quizás el padre de tus hijos, puede volverse el ser más desconocido en un momento dado. Nos fuimos un poco aliviadas con Juli de la visita. Vislumbré tramas de una sutil e inexorable crueldad.

XXVIII

Estábamos comiendo afuera, los niños iban y venían alrededor de la mesa. Escuchamos que hablaban francés, se acercaron, pues la contrabajista había sido mi alumna. Era una linda tarde, una conversación cordial. El francés había llegado hacía tres horas al aeropuerto de Ezeiza, tenía un anillo de compromiso que le iba a ofrecer a una *rugbier* argentina al otro día. Tenía algo en la mirada que parecía saber por anticipado su devenir. Todos de algún modo lo temimos.

Días después pregunté a la contrabajista por él y su historia.

—No le fue bien, finalmente dejó el anillo en el aeropuerto y volvió a París —me dijo.

—Se arriesgó mucho, quizás tenía demasiadas expectativas —dije.

—Ella solía decirle las frases del amor, hacía las promesas del futuro a compartir —me aclaró.

En un rincón de mi mente había una imagen de la *rugbier* y el francés, un desfasaje.

Quizás el cuerpo de él no resistía y necesitaba una decisión o una escisión, por eso viajó tantos kilómetros.

¿O sería algo que se desprendía de su especializada capacidad en la interpretación de Schubert y lo compelia a imaginar escenas intensas, sublimes?

XXIX

Llegaba el momento. Me molestaba que si yo iba a dormir a su casa, no hubiera pan negro ni queso blanco para desayunar, o algo especialmente comprado por el hecho de que yo fuera a dormir allí, con él, en su casa. Como era su costumbre, se refugiaba en su supuesta displicencia y ritmo homogéneo. Eludía el tema, que carecía de importancia, por supuesto. Era solo una excusa para pelear un poco, para hablar de esas cosas que, llegado un momento, pasan a ser temas fundamentales, como más o menos termina por ocurrirle a todo el mundo. Pensé “temas de pareja”. Pero ¿acaso había algo parejo, que nos emparejara, entre nosotros? Ni la edad, ni nuestras transformaciones, ni el gusto por ciertas bebidas, ni los afectos, ni las cosas que deseábamos hacer próximamente, ni las causas de las ansiedades. Éramos un par de mundos de palabras tratando de engancharse de algún modo en un enredo que, sin embargo, lográbamos atar, en modos alternantes y erráticos con algunas partes de nuestros cuerpos que se llevaban bastante bien, después de todo.

A la semana siguiente intercambiaríamos desparejos regalos a modo de reinicio de las cortesías que ambos continuábamos diseñando con lenta e implacable ingeniería.

XXX

Iban y venían entre casas con jardines y departamentos sin ellos, entre mudanzas pendientes y postergadas. Hacían artesanías, cantaban todos y componían poemas. Dilataban las decisiones rodeados de gatos y trastos desparramados por las habitaciones, como animales metálicos y mudos que aguardaban alguna especie de inicio de vida robótica compensatoria. Algo parecía extenuarlos. Intromisiones en las que había puertas pateadas, platos rotos e insultos y pedrazos momentáneamente sacudían sus hábitos y parlamentos tardíos. Nunca se sabía si se estaba ante las riberas de un cambio, o ante la permanencia de las miradas opiáceas frente a la impertérrita correntada.

XXXI

Ella tenía la virtud de alejarme, con sus relatos, de mis prosaicas banalidades. Comíamos, bebíamos y fumábamos hablando de todas las cosas, todo lo importante que nos pasaba y que podíamos pensar. Y esto por más de veinticinco años, sabiendo todo eso una de otra y mirando cómo las vidas que llevábamos nos dañaban, nos gustaban, nos hacían reír, nos cambiaban o no lo hacían. ¿Cómo serían esas vidas de los otros, de las personas que no se angustiaban? Todo eso duraba horas pero a veces pasaba mucho tiempo durante el que no podíamos hablar. Entonces, una ansiedad, un vacío, una abstinencia precisa hacía que me dirigiera a su casa para estar juntas.

XXXII

Tomar decisiones. Tragarlas, deglutirlas, triturarlas, absorberlas. Llegan a las tripas, ¿con qué parte las tomamos? ¿Con los intestinos, con el sistema nervioso central? ¿Las cagamos, las execramos, las expulsamos del tubo, finalmente? Odio tomar decisiones y también odio no tomarlas, todo eso me destruye. Me empeño en creer cosas para que sea más fácil.

Cuando pasa el tiempo, o quizás cuando inicié algún movimiento traslatorio suficientemente amplio, descubro que las decisiones, pese a mi cobardía y a la de los demás, que muchas veces me parece aún

mayor que la mía, se toman solas. Se toman a sí mismas. Y te quedás ahí mirando, como una estúpida que no entiende nunca nada. Ese momento de claridad en la idea se me localiza un poco en la garganta, un poco en el maxilar, un poco en el estómago y un poco en los intestinos.

XXXIII

Me acerqué por mi amor a los adictos, a los destartalados. O por esa curiosidad malsana. Me daba cuenta de su alcoholismo, por supuesto. Estaba roto. Todo lo que me contaba era tremendo, era un naufrago y no lo sabía. Yo sí lo sabía.

Escuché todo, pacientemente. Abriendo mis oídos a su dolor y su incertidumbre, no tanto peor que la mía. En un momento me pidió que lo abrazara. Duró unos segundos, pero en toda esa noche sideral, situada en otras coordenadas espaciotemporales, me hizo recordar a todas esas personas completamente desterradas de las que me enamoro.

XXIV

A veces me gustaba quedarme mirando desde un bar vidriado hacia las calles, muy temprano, tomando café. La falta de sueño colaboraba en estas percepciones inhabituales, como decía Santiago cuando ambos teníamos 15 y 16 años y el cielo había noches en que podía ser un río.

Entonces miraba los cuerpos, ya no humanos ni animales y los colectivos como cuerpos y velocidades. El ritmo de todo eso incendiaba las conexiones neuronales rápidamente. Me excitaba y hacía que pareciera comprender las razones de mi existencia, de mi vida un poco idiota y tan artística. Pero me prendía fuego y consumía en un segundo dejando brasas heladas en un lugar ajeno. Me preguntaba a qué iba toda esa agitación, cómo era posible que todos hiciéramos las mismas cosas a las mismas horas, ¿cómo se había llegado a eso? ¿Era el sol, la ciudad? ¿Era una locura pública hecha promesa de algo, que, obviamente, no se cumple nunca?

Luego o bien cedía a ese vacío o me sumaba al ritmo de las calles. Una mezcla impura de estas dos sensaciones y sus verdades que nunca se terminaban de disolver la una en la otra.

Lo mismo cuando iba a la milonga o me acostaba con alguien.

XXXV

Más tarde se me presentaron las frases, como suele ocurrir. "Saber del vacío mientras bailás, sin olvidarlo ni negarlo, bailando con el vacío". ¡Eso!

Un fiel caballero, un compañero, un marido que te abraza como la muerte que quizás en el fondo es que te quiere.

El tercero excluido entre los cuerpos, la sombra. Algo imposible. In-somne, loco.

XXXVI

Entonces, era como que había vivido todo el tiempo casi por completo equivocada, en una película que no era.

A partir de ahora podría no digo no asir los fogonazos intermitentes de comprensión, porque eso no se puede. Pero sí que ese fuego no quemara tanto ni tan rápido como una danza macabra.

A los veinte años había pintado en el techo la palabra: "encontraría?" Sin nada más que eso, el signo al final.

Y fue ahí como que me salvaron de mí, de mi vida. Ahora me vuelve esa pregunta, cuando ya pasó como media vida mía...y es la misma pregunta.

XXXVII

Me la pasaba yendo a un negocio de iluminación: compraba y armaba lámparas, enchufes, cableados. Tubos, lámparas de 1000 watts, par 38, todo tipo de cosas. El muchacho me iba atendiendo, siempre el mismo, con todo su encanto.

Había una niña de cabellos rubios, enrulados, sentada en una caja. Me miraba. Yo la miraba, parecía salida de un cuadro flamenco. Algo en ella era completamente inusual. No sonreía.

En un momento me hizo señas para que me acercara. Me dijo:

—Te amo.

La besé en su cabello, le dije que era una niña muy dulce y hermosa, me puse colorada. Los hombres del negocio simulaban ignorarlo todo, siempre muy fieles a sus estrictos modos de masculinidad.

A su costado la madre bufaba, murmuraba, se quejaba. Había olor a caca.

Fue una puñalada.

Volví a verlas al salir del negocio, unos diez minutos más tarde. La gorda rubia se seguía quejando de esta niña. ¿Encontraría? ¿Conseguiría ella su manera de estar en este mundo?

XXXVIII

El Otro me pedía, me exigía la rendición inmediata y pleitesía.

Algo se revolvió en mi intestino, o por ahí abajo, en el abdomen.

Humo en los pulmones, fuego en el estómago y una bestial acidez.

Respiré hondo varias veces, sin recobrar me.

Como una ahogada caminé unos pasos.

La idea de escribir se me presentó como una opción.

Un hachazo contra otro, me dije.

El alivio fue inmediato.

Luego, acariciando a mi pobre y viejo, flaco perro, me embargó la dulzura. Hasta que unas chispas en mis dedos quemaron...

Había un dejo de culpabilidad ante él que me hizo avergonzar.

XXXIX

Iba manejando de noche. Un punto negro, como un *aleph* de puntos en los que se concentraba todo lo negro. Está bien, me convenció, no le cambio el título. Pero entonces, ¿a dónde irían a parar todos esos intensos puntos negros, el auto viajando por la ruta, la autopista en medio de la noche? Yo, transformándome en otra cosa en el transcurrir de ese viaje. Iba por un túnel, el túnel del tiempo, el olor a leña, el frío, la niebla, las heladas del campo. Todo me llevaba a la noche del accidente. El cuerpo al lado del camino, la cara de los niños, llorando. Yo,

que tomaba la decisión, o más bien era tomada por una decisión que ya había surgido hace rato y era entonces puesta en escena, irremediablemente. Si había dioses, astros, leyes, se burlaban de nosotros.

XL

Cuando me acostaba en el diván sabía claramente que se operaba un pasaje. De “Cumbres Borrascosas” al *Satyricón*. Solo había que escribirlo, reescribirlo, como se pudiera. No quedaba más remedio que ser eso que iba siendo, no otra cosa, por más que quisiera seducir por acá y por allá, no había opción. Seguía siendo una pequeña personita sentada en un sillón que miraba todo lo que ocurría, incluso a mi propia persona, como un film, entre absurdo y tenebroso. Un objeto de estudio. Pero, ¿de estudio de qué?

XLI

Mi amiga había leído unos poemas preciosos, fuertes, con palabras de hoy. El lugar era pequeño y estaba atestado.

Una chica de enormes ojos, boca y piel muy blanca se acercó y nos hablaba.

—Me da paja armarlos —dijo refiriéndose a los cigarrillos que fumábamos.

Mientras pensaba “si te da paja armar un cigarrillo ni te digo estudiar una carrera, vivir”, ella sonreía ampliamente, en una suerte de gemido. De lejos se veía muy bonita y atractiva.

—Estás al horno —le dije, sintiendo el pudor que ella evidentemente no sentía al exhibir tamaña histeria.

XLII

Finalmente, había logrado una suerte de transacción, de negociación. Eso es algo fascinante, pues es abrir una opción en lo imposible.

Incluso era sensible a mis pedidos y necesidades de cortesía casi japonesa.

No me amaba, por suerte para mí. Pero amaba mi cuerpo, algunas cosas de él con una sapiencia y dedicación insoslayable.

Yo lo había amado en otro tiempo, locamente. Pero ya no, ahora estaba en la etapa de las delicadas maniobras, que por cierto engendran algunos particulares modos de amor, supongo.

Lo halagaba con gratitud sincera, pues pese a su actitud clásicamente sansónica, me daba cuenta de su inseguridad y necesidad de ser aprobado. En él esa necesidad era lo más importante de todo.

Por otra parte, estaba completamente loco. Su vida, su sueño, sus comidas, sus horarios, eran la pesadilla de cualquiera, incluso la suya. Se arreglaba como podía, pero había signos de agotamiento ya importantes.

Yo intentaba sutilmente, aliviarlo un poco, hacerle saber que probablemente eso era lo mejor que él podía hacer consigo mismo. Después de todo, era un excelente artista.

Siempre después me agredía, intentaba dañarme, fiel a su estilo.

Como yo me iba galvanizando, me daba cuenta y de algún modo esquivaba el golpe. De ser posible, le hacía un chiste al respecto, si se me ocurría a tiempo. A veces ocurría eso y era hermoso pues todo terminaba, se pausaba, con parsimonia adorable.

XLII

Trabajaba de *taxi dancer*, probablemente de *taxi boy*. Era exboxeador. Las viejas lo besaban, por su amabilidad.

Su temor estaba debidamente revestido y podía volverse encantador. Era generoso.

Me contó la teoría de los indicios. Cuando encontraba los indicios en el discurso femenino, cosa que generalmente le aparecía en el teléfono, huía. Su huida era silenciosa.

Entonces, comprendí.

No es que yo había sido mala, ingrata con él. Es que había incurrido en uno de los indicios.

El hecho de hablar acerca de eso, de reírnos, de recordar las cosas más divertidas que habíamos hecho —pues era un excelente compañero

de aventuras—, mientras bebíamos, fue mucho más de lo que hubiera soñado.

Nuestra paz, la de ambos, se había firmado otra vez.

Me regaló una remera preciosa. Era una foto que yo vi sobre su espejo, de Goyeneche besando a Pugliese.

XLIII

Me acompañaba de un modo especial. Se me metía por los ojos y los oídos. Aceptó y acepté, construimos una rúbrica singular. Funcionó. Supe que en él tendría un amigo para siempre, por sus tiempos de índole más bien saturnina. Me cuidaría. Y yo. Leía mucho: Poe, Lovecraft, Marlowe, Shakespeare. O sea que su conversación jamás sería banal ni aburrida, porque recordaba y citaba frases de los personajes, escenas de películas y canciones. Y como yo venía de una sucesión de personas poco intensas que había tenido enlazadas por aquí y por allá, lo degusté con especial placer.

XLIII

Incluso su conversación me parecía más inteligente. Un halo de misterio donde antes no estaba, lo envolvía.

Era bueno, cocinaba para mí, me abrazaba, me daba su cama, su llave. Me quería, no sabía bien cómo soportarlo, pero lo intentaba. Eso, a veces, volvía a tocarme.

Incluso habíamos reído mucho, cosa que con él no era tan fácil.

XLIV

Ella decía que nunca le había pasado, en los ocho años que llevaba en el edificio. Que una fase sí, la otra no. Los ascensores no, el televisor del living sí, el de la pieza, no. No podía llamar a la empresa porque el teléfono no andaba, era inalámbrico. Le dije que en la calle no andaban los semáforos, que no era solo un problema del edificio, que había en muchas manzanas en derredor con baja tensión.

Ella seguía sorprendida.

Entonces, yo pensaba en esos cableados que estarán dentro de las paredes en tubos, en caños, en cánulas, que bajan y que suben, y arman ríos, conductos, túneles de cableados que se entremezclan y separan y salen colas de luz hacia las luminarias. Toda esa corriente de energía que se transfiere por los hilos de cobre en las miles y miles de ciudades de todo el mundo, este planeta que de lejos se debe ver encendido e incendiado, como en el vídeo que te pasan en el Planetario. Pensaba en hombres subidos a escaleras en la noche, hombres electrocutados, siempre pienso en muertos por detrás de las ciudades, en laberintos locos de fuerza humana, carne, músculos, huesos, sangre que se tira por las alcantarillas para que se levanten las ciudades.

Ella no entendía una cosa.

Yo estaba volando a la velocidad de la electricidad, mientras tanto y mucho menos que ella entendía, mi mente se prendía fuego con las imágenes, las de las cargas eléctricas y todo eso.

Amablemente, le sonreí, le sonreímos y seguimos con nuestras cosas, cada carancho a su rancho.

XLV

Remeras que iban y venían. Palabras en el chat. Detrás temblores, huesos secos, rencores insabidos. Enojos que no se dicen. Palabras que mienten.

Y allí, en medio de la nada, como una lluvia, una catarata.

Te dicen cada cosa y no hay saber alguno.

XLVI

Sopesaba el dolor de la pérdida anticipadamente, como si eso creara alguna especie de inmunidad. Había una lucha entre las dos cabezas de un dragón: una quería sufrir hasta el final entonces de algún modo ya estar muerta para eso, en ese caso todo resultaba ser algo inesperado, sorprendente; otra sentía que de esa muerte renacía y era otra en la que también luego podía morir. Este tipo de pensamientos podía causar la pérdida de toda inmunidad, excepto que hubiese una

construcción en capas que ocasionaran meandros, recodos y cauces. Y vuelta a empezar.

XLVII

Me había hablado de cosas que me encantan y siempre me interesan. Era muy inteligente, con una vida difícil, más dura que la de otros que me rodeaban. Era un muchacho clásico, cortés.

Eso me hizo recordar un juego que yo hacía muchos años no podía jugar, debido a la época que me toca vivir. Pero en ese juego, como una danza conocida, me sentí a gusto. Sabía cómo moverme.

Fue apasionado y huyó. Imaginé muchas cosas, ya que casi nada de su vida actual le había preguntado y no quería enterarme.

Mi cuerpo vibró, creo que el suyo también, en conexión con los pájaros, las lagunas, las mañanas.

Algo se abrió.

Tuve mucho miedo, luego se me pasó, pues ya me estoy acostumbrando a todo tipo de desconexión y desencuentro.

Me devolvió algo que había perdido.

XLVIII

Cuando me junto a cenar o tomar café con mis amigas, charlamos y nos reímos mucho. Nos reímos de nuestras desgracias, por supuesto.

En general, hablamos de arte, de música, de comidas, de los enfermos de la familia. Y de hombres y mujeres, de parejas, de amoríos.

Invariablemente nos espantan las parejas convencionales, las vemos como a esfinges. Y entonces si nos tratan mal, o no nos saben tratar, nos desenlazamos, suponiendo que haya habido alguna suerte de tejido entre las personas. Ya no nos hacemos ilusión.

A veces pienso que pertenecemos a una especie en extinción.

XLIX

Hace años que me doy cuenta de que padezco de ceguera psíquica. Pero por suerte, su aparición es eventual. Dejo de ver algo que está

frente a mis ojos. Pueden pasar horas, días, y las complicaciones volverse innumerables y angustiosas.

Ayer, no recordaba donde había dejado el auto. Yo creía que en Mario Bravo al 900. Caminé cuatro veces las cuadras que van de Córdoba a Corrientes, sin encontrarlo. Como mi teléfono y los anteojos estaban dentro del auto aumentaba mi sensación de estar perdida. Pedí ayuda en dos lugares, donde me la negaron, con esa agresividad vengativa que se encuentra ahora en muchas partes de Buenos Aires. Finalmente, entré a un teatro precioso que conocía desde hace años y el muchacho de la barra me ayudó, con mucha serenidad. Me prestó el teléfono, yo solo podía recordar el número de mi tía, él me ayudó a apretar los botones, pues yo no veía nada.

Le conté a mi madrina y ella se ocupó de encontrar a los niños, decirles que yo no podría buscarlos. Luego fui a la comisaría, pedí ayuda, me respondieron con un plan impracticable. Llorando por las calles volví al teatro, donde el muchacho con su calma volvió a ayudarme y, de algún modo, me devolvió la cordura necesaria para poder pensar nuevamente en las imágenes de mi memoria. Ver si mi sistema límbico me sacaba de allí. Ante la retracción de la ceguera, operada en el teatro por estas amables personas, pregunto, “¿la próxima cuál es?”; “Cabrerá”, me dice una muchacha amable, también. Ahí supe que había doblado por Cabrera y no por Córdoba, no había pasado por esas maderas de arreglo en toda la vereda. Mi cuerpo me lo estaba diciendo pero yo no podía escucharlo.

Y ahí volví a la normalidad. Salí del agujero negro en el que había caído. Luego le conté todo a mi hija, que con dos o tres preguntas me hizo explicarlo, me exculpó y comprendió más que yo misma. Me pasma de admiración lo genial que es. Es mucho menos tonta que yo, eso llena el cuerpo con la sensación de ser un mar. Luego dormí un ratito en el auto, escuchando las voces como un canto de los niños y seguimos con nuestras cosas.

L

Mientras escribo esto estoy sentada en la galería. Es una mañana de primavera y estoy tomando mate en una pequeña mesa. Hay mucha actividad, las abejas en los sauces, los pájaros en bandadas y con sus cantos en varios planos sonoros. Las plantas bullen a punto de brotar, las que aún no lo han hecho. El viento leve, la humedad y el sol me rozan la piel, los perros cerca, duermen. Los niños gorjean cerca, pienso a mis amigas que aman el campo y un poco están ahora conmigo, viviendo en estos momentos en que recordamos las maravillas y tratamos de soportar las humillaciones e infortunios que nos asolan.

LI

Entrar a la casa me apena pues sé que ya no estará. Incluso en sus últimos tiempos, con las tres patas, cayéndose, enredándose con las cosas de la casa y casi sin apetito, sabía que iba a estar allí.

Ahora, pese a que yo misma lo enterré, me extraña saber que no estará. Su madre, la Negracha, apareció en casa en una noche de tormenta. Corría y ladraba en las tormentas, bajo la lluvia. Por eso la bautizamos "Cumbres borrascosas".

La primera vez no lo supimos, pensamos que los cachorros nacían muertos. Pero luego vimos como los devoraba, eran para ella algo extraño, inadmisibles. Un veterinario nos dijo que debíamos intentar que los amamantara. Se equivocó, cuando llegamos a la otra noche la casa era una carnicería, un cuadro de Bacon por todas partes. Al otro día, parió al último, bajo la mesada. Puse la mano y lo agarré.

Luego, lo alimenté con maderas de recién nacido con leche, manteca derretida y crema. Le hice masajes con un algodón embebido en agua tibia para que defecara. Lo llevaba en una canasta y lo dejaba cerca de la estufa en lo de mi madre para que pudiera crecer.

Su madre finalmente fue matada a tiros por un vecino, que me gritaba a través del alambrado. Yo estaba embarazada de ocho meses. La perra había cazado un cordero de él por el cuello. Una vez vimos que

nuestro perro había desenterrado los huesos de su progenitora y se los comía.

Años más tarde, fue atacado por una jauría. Vino arrastrándose. Durante tres meses estuvo internado, lo operaron y rehicieron como a un Frankenstein. Después lo vendé tres meses más en ambas patas. Siguió corriendo por el campo.

Hace un año, hubo que amputarle la pata. Al poco tiempo volvió a correr.

Hace ya tres semanas, comenzó a caminar en círculos durante horas. Tenía una lesión vestibular. Le dimos remedios pero no funcionó. No pude sacrificarlo, no lloraba. Según el veterinario era senilidad.

Decidimos cuidarlo hasta el fin, excepto notáramos que sufría.

Me acuerdo una vez que mi analista me dijo: "No vas a poder evitar que los perros se mueran".

Hoy no quiso comer la carne buena que le compro desde hace un mes. En un momento no encontraba sitio. E. lo llevó al patio. Su rictus, fue acompañado por nosotros. Lloramos, a mí me costó un poco, acostumbrada como estoy a sostenerme ante los niños.

Fue enterrado con los otros animales, en una especie de túmulo.

Ahora no está acá al lado, siento que me ahogo y no puedo respirar. Veo su silueta por todas partes.

Bien sé que estos últimos quince años respiró, vibró y latió a mi lado. Por lo menos, ahora, lloro de a ratos. Por la escritura esta, que tuve que hacer para saber que acá estoy.

En varias oportunidades, incluso ahora, me volvía ante su presencia una sensación de indignidad. Decíamos que era un viejo sabio, que nos acompañaba.

LII

En el tobillo izquierdo tengo desde hace años unos sonidos de huesos. Los hago sonar muchas veces por día, juego a confundirme si lo que suena es el tobillo, la rodilla o el talón. Es posible deslocalizar un poco el sonido y el leve dolor.

Desde hace unos meses, creo que bailando tango con técnica o zapatos inadecuados, comenzó a sonar el borde externo del pie derecho, o el tobillo. Todo mi lado derecho es más pequeño, tiene menos presencia. A veces me parece que es un pobrecito, que el lado izquierdo es tanto más fuerte y seguro. Como que del todo no se desarrolló, es un retoño, una cosa inmadura, protoplasmática.

Se suma a eso la actividad que me ocupa cada vez que me despierto: arrancarme la piel de los pies justo debajo de las uñas. Puedo hacerlo en la cama por horas. En las manos, en cambio, que están todo el día desnudas, puedo hacerlo casi durante todo el día. Cuando mis uñas están un poco largas es un peligro mayor. La piel esa que les digo está más dura, es algo entre piel y uña, que se horada. Me hurgo sin cesar.

LIII

Mi madre tiene una voz muy grave, además de tabacosa.

Mi hermano era pequeño, dormíamos los tres juntos.

Le decía "otra vez" y ella cantaba "caballito blanco" infinitas veces. Ese siempre fue su juego, el laberinto infinito.

Yo escuchaba esa voz grave, mágica, fantasmal.

Tenía mucho miedo, porque cuando cerraba mis ojos empezaba a volverme más y más pequeña de modo inevitable y a gran velocidad.

Aún me vuelve esa imagen de ser una cosa infinitamente pequeña, una especie de niña tierna y monstruosa como las de las películas de terror, morocha y pálida, que está sentada en un silloncito, a la altura de mi frente, en el medio. Mujerunculita.

Mi hijo me dijo el otro día:

—Tengo una pesadilla.

—Vení a mi cama —dije yo.

Y él: —¿Por qué cuando estás con tu mamá se te pasan las pesadillas? Obviamente, no pude responder a eso, salvo con abrazos.

LIV

Ella era una voz en forma de texto.

Me escribía hace más de un año. Una vez intentamos conocernos pero falló. Era una chica muy joven.

Yo oscilaba, pero ella insistía. Me preguntaba cosas amablemente, me halagaba y comprendía siempre, era cuidadosa y eso yo lo valoraba y agradecía. Reíamos hablando de los desencuentros con varones y eventualmente, mujeres.

También tenía un amigo por WhatsApp. Me cuidaba muchas veces más que las personas que me encontraba de carne y hueso. Está bien, les concedo que hay muchas cuestiones a favor que alivianan las cargas, pero aun así no cualquiera lo logra, hace falta un tipo especial de amor que motorice las acciones estas.

Estaba entrando en una fase rara. Después de todo, eran palabras. Y las palabras se enredan y entrelazan cuerpos, si se quiere. Túneles de letras alineadas de formas variables...

LV

Me gusta hacer listas.

Listas de tareas pendientes, de libros leídos, de futuras obras a realizar, de preocupaciones que deberían dejar de serlo.

Hoy pensé en hacer una lista de las cosas que ya no me interesan, que no deseo ni ambiciono para nada.

Obviamente esto tiene chiste sobre todo si se trata de cosas que antes me interesaban, me parecían muy importantes.

Pero ahora todo eso cambió.

A veces tengo miedo de que ya casi nada me interese lo suficiente, me parece que no me va a hacer bien estar así. De todos modos nunca pienso que voy a hacer tal o cual cosa por el hecho de estar bien o no estarlo. Aunque debería.

La duda que me aqueja es si esas listas deben ser escritas de modo vertical u horizontal.

LVI

Era un día frío. Ella me contaba en el auto algo triste, ignominioso, que la demarcaba y marcaba aún hoy.

Yo dudaba en qué decirle.

El horror se sentía, y algo que era una irreversibilidad. La escuchaba.

Había un mundo detrás de cada una, un horror que era convocado por la obra que estábamos ensayando.

Intentaba de algún modo conjurar a esos demonios, ya lo habíamos hecho una vez y pensábamos que quizás ahora, podríamos curarnos de tantas cosas horribles al menos un poco.

Tipos que violan a sus hijas o se masturban delante de ellas, cosas así. Adictos pegadores. Un asco. Asesinos. Y nadie hace nada, todo tan frecuente, las mujeres ocultando, murmurando por lo bajo. Chicas muertas. Que no se sepa. Molesta.

Ella ocultó el embarazo para que él no supiera que tenía un hijo y los buscara.

¿Cómo seguiríamos, ahora?

Cada centímetro cúbico de oxígeno, cada minúsculo movimiento, cada rinconcito de plantas húmedas, *helechosas*, de palabras amigas y calidez, debía ser arrebatado casi de incógnito para las fauces incansables de lo horroroso.

Y ¿cuándo, Dios mío, habría un descanso?

LVII

Imaginaba que su novia vivía lejos, en Uruguay, por ejemplo. Porque en feriados dejaba de comunicarse, de hablarme. De algún modo me advertía que no estaría disponible. Era un poco gracioso, como si algunas otras veces sí lo hubiese estado. Era él mismo lo que impedía toda disponibilidad.

Para mí este rompecabezas había oscilado de ser una tragedia incomprendible a una comedia risible. Eso fue un momento alto. Una súbita iluminación. Luego, era un dato.

Me daba cuenta de cosas de las personas como datos. Cuando eso ocurría, advenía una gran serenidad, aunque de ningún modo ello eliminaba la sensación de desazón o saturación que me asolaba con frecuencia. Eran como voces polifónicas, más bien, en capas que iban bajando y subiendo. Aunque, en el fondo, era una niña ingenua, paciente y a la que le gustaba querer a muchas personas, entonces no me inquietaba, y en otro momento intentaba reiniciar la conexión. ¡Es tanto más!

O pensaba: a esta persona le falta por completo el sentido del humor ante sí misma. Eso es irremontable. Es un lugar del que no se puede volver. Ahí sí que, ante ese dato, quedaba inerme. Renunciando a cualquier cosa ya por hacer.

LVIII

Cuando las miraba bailar las veía de dos dimensiones. Como dibujitos animados o siluetas planas en un teatro de sombras que se combinaban de distintas maneras, acercándose, alejándose, superponiéndose. También me daba cuenta de que viéndolas de ese modo era difícil sentir algo, alguna empatía afectiva. Un delicado placer, sí. Querierlas, preocuparme por ellas, no.

Por eso también a veces esas ganas de desgarrar esos cuerpos, cómo desgarrarlos para que sean entrañas y accedan a alguna otra entraña. Entonces me acordé de esos jueguitos de video que matás gente, explotan bombas, todo muy plano y como separado de vos. Porque no sentís nada. Bah, algo sentís, pero no te conmueve, te genera como una adrenalina, una adicción.

No me daba cuenta de si era la distancia, la lejanía o dificultad del tacto o algo que tiene que ver con la tridimensionalidad. O qué era lo que de repente, ¡puf!, hacía que te apareciera alguna emoción.

Estaba al borde de conclusiones inquietantes: acaso entonces los dibujantes, los historietistas, los artistas plásticos, la televisión....

O era yo que me separaba así de las cosas, me alejaba sintiendo ese fuego helado que ya se conoce.

Entonces un poco dije bueno, viene, se va, está ahí. Hace mirar, después pasan cosas con eso, no es para tanto.

Como que si acercás una lupa y fogueás un poco ese vislumbre, podés escribir una teoría, hacer un montón de cosas.

LIX

Había algo del remolino que se formaba entre todos los remolinos que era hermoso. Y la noche, la plaza, el cielo, la música.

Pero había muchos que se creían mejores que otros, más importantes. Porque pensaban que era cuestión de habilidad, destreza y velocidad. Es obvio que ser joven confunde.

A mí se me agolpaban en el cuerpo las memorias de venitípico de años atrás, los hermanos Zotto que te sacaban a bailar si les gustaba tu carita, Cecilia y sus relatos, el operador de teatro que bailaba el vals en el Club Almagro, Sunderland, la carpintería. Toda esa noche, la Ideal, un mundo, muchos mundos ya muertos. Esa tristeza masculina tan pesada que ellos bailaban así y era como asqueroso y a la vez conmovedor. Imaginárselo un poco, como es eso que puede ser repulsivo también para ellos mismos aunque solo para algunos de ellos. Las letras, las tragedias, la carne de los violines y las penas de tantas vidas difíciles. ¿Qué podían comprender, asimilar estos muchachitos de todo eso?!

Por eso mi cuerpo era otro. Y había otros que también se les encarnaba algo distinto, lo podían vislumbrar, intuir. Esos yo buscaba y no siempre había.

También veía gestos horribles, mezquinos, crueles y eso me iba alejando.

Y entonces había momentos de confluencia e invención y momentos de tediosa repetición que intentaba sobrellevar pero que hacían que me fuera hastiada.

Fui aprendiendo a salir corriendo en el momento justo, antes no sabía.

LX

Ella era una buena amiga, cariñosa, afectuosa. Y nos reíamos tanto cuando hablábamos. Le fui a llevar lo que me había pedido mientras realizaban unas tareas titánicas de orden y limpieza.

Me contó que a los pocos días de morir su madre había dejado de verlo, era algo que ya estaba claro desde antes.

Había conocido a otro que encajaba perfecto en todos los moldes: actividad, amistades, profesión, habilidad con el lenguaje por mensaje de texto.

Habían salido y había llegado incluso la “hora de coger”, pero él no había dicho nada, ni una sola palabra.

Ella empezó a pensar que tenía pareja, culpa, extraños mecanismos neuróticos; basándose en ciertos comportamientos frecuentes, no muy originales por cierto que con una cierta capacidad de observación se dibujan y reconocés con total claridad. Él le escribía mensajes de texto confundiendo fechas, deseando cosas y des-deseándolas. Hasta que un día, obviamente, ella sintió un tedio profundo ante estos jugueteos que, hay que decirlo, no eran muy ingeniosos por otra parte.

Reíamos fuerte ante estos devaneos que siempre reaparecían en medio de los relatos de nuestras relaciones desventuradas.

Mientras tanto, otro que no respondía a los moldes había demostrado risa, espontaneidad, sorpresa. ¡Ni lo dudes!, dije de inmediato. Encima, a ella le había dado la sensación de que el otro no sabía besar muy bien o no podía (a veces el beso les genera como una culpa especial cuando están con otra mujer en su imaginario idealizado).

Después, en el auto, me fui pensando en el cumpleaños que le iba a organizar a su madre muerta, ese museo azaroso, colección sentimental, pasión clasificatoria y apoteósica puesta en escena.

Ordené mis recuerdos, ensayé los relatos, busqué las palabras, porque eso era algo importante, de ningún modo podía salir mal.

LXI

Por múltiples razones volvió el recuerdo. Lo de esa noche, un corolario sensual y muerto un poco. Él me había buscado, nos habíamos reído mucho juntos y luego no lo hizo más, no reapareció. Pensé en una novia y sus culpas, incluso esa enarbolación del respeto que a veces articulan y en donde no puedo más que quedar boquiabierto ante la total imposibilidad de alguna clase de encuentro y/o comunicación aún ramplona entre las especies masculina y femenina.

Me daba cuenta de que mientras más los veía, más sabía de ellos, más difícil se volvía sostener la imagen. Eso no me impedía desear, querer a los hombres, a las mujeres. Había incluso como un budismo zen de todo eso que iba recortándose como la figura en el tapiz ¡Pero decían cosas tan extrañas, tan desasidas del cuerpo y las sensaciones, como buscando verdades en delirios que jamás arrojan nada!

Lo otro, un simple *no quiero, no me gustas tanto o me da pereza relacionarme con humanos*, no era dicho.

Después estaba la cosa esa de querer *ordenar* la vida.

LXII

Me contaba que todo el tiempo estaba tratando de buscar una coherencia de miradas, pero no la encontraba. Ella intentaba que la comprendieran, le resultaba imposible ya tratar de poseer o ser poseída por otras personas, como propiedades. Y en un principio, parecía encontrar acuerdos. Como si los demás aceptaran esos modos de amor, de conexión.

Sin embargo, una y otra vez reencontraba los modos arcaicos, sintomáticos, repetitivos de las relaciones y sufría una decepción. No era tanto la decepción por la pérdida de alguien en particular, eso de algún modo era algo con lo cual podía convivir, soportar con cierta elegancia el duelo, o con un patetismo trágico pero breve al fin.

Era otra cosa.

Toparse una y otra vez con que incluso entre quienes parecían más sensibles, más estudiosos se reproducía esa forma.

Durante algunos momentos, como un fogonazo juntaba tiempos pasados, presentes y futuros, iluminaba repentinamente las posibilidades que serían descartadas por alguien que quizás ni siquiera sabía demasiado porque hacía lo que hacía.

Eso causaba un dolor, como una cuchillada que se arrastraba desde el pecho al cráneo y volvía a bajar. La confirmación de un hachazo.

Y me decía que no lograba salirse de estas supuestas dos alternativas: o quedarse quieta, no enredarse tanto y tanto con las personas, o soportar y reiniciar la búsqueda que sabía ingrata.

Siempre cabría la ilusión de una sorpresa, de la aparición de alguien que tuviera un mínimo coraje para aventurarse en algún otro género de aventuras. Ella no podía o no quería renunciar a ese luminoso final del túnel, como una cazadora de vida en estado no domesticado.

No le iba peor que al resto, me parece, pero quizás la diferenciaba la intensidad de su conciencia, que la quemaba de manera extenuante.

LXIII

Había tomado la decisión de ir tras los deseos, las sensaciones y las tensiones del cuerpo. Sin evitarlas. Notaba que no necesariamente a los demás les pasaba algo parecido y que tampoco era claro que hubieran tomado esas decisiones.

La cosa se complicaba, pues además también había tomado la decisión de alertarse y todo lo que fuera necesario.

Y de dar lugar a toda clase de resonantes tontos, por qué no, que aportaran algo. Herida visible.

LXIV

¡Y otra vez el alivio, la imperiosa necesidad de la escritura, como un único hacer en el que se pueda respirar o nadar un poco!

LXV

Nos habían invitado al cumpleaños de 80. Dudábamos en ir, porque no conoceríamos a nadie, pero después nos gustó estar. Agasajos, relatos, celebraciones. Personas de todas las edades, historias que se en-

redaban y entrecruzaban y entonces, entre copa y copa mirábamos, observábamos e íbamos trazando las genealogías.

En un momento, un hombre con una voz prodigiosa, envolvente y con habilidades para narrar, al que te quedarías escuchando por horas cuenta que era ujier.

Y que había un hijo de los del bazar de 4 y 49 que tenía un chalet precioso en barrio norte. Pero que cuando murieron sus padres empezó a salir con un carrito a juntar basura. La casa, de dos plantas, estaba cubierta de basura hasta 1,80 m., como una inundación. Entonces los vecinos se quejaban por la falta de higiene, las ratas y cosas así.

Fue el ujier, con la policía. El hombre se asomó por un ventanuco y cuando el ujier dijo: "Proceda, oficial", el oficial se deslizó por la abertura e intentó atrapar al hombre, que se escabulló entre la basura. Había animales, defecaciones. Durante una hora lo buscaron sin éxito y se retiraron.

Aparentemente, cada cierto lapso de tiempo, la municipalidad vacía la casa (¿dónde se meterá él, que hará en ese momento de agonía?) y que luego incansablemente vuelve a comenzar.

Me hizo acordar a otro hombre, que veíamos siempre, que ya estaba ocupando la vereda y toda una camioneta en la calle, así que era seguro que ya la casa estaba llena.

Uno de ellos decía que se daba cuenta de que causaba daño a los vecinos, pero que no podía evitarlo. El otro, hasta donde se sabía, no decía nada.

LXVI

También nos contó de dos hermanos que se pelearon, y al morir su madre tuvieron que dividir una propiedad. Lo hicieron literalmente, a uno le tocó la parte de adelante, con la casa y parte del terreno y al otro la parte de atrás. La pileta quedó en el medio, con la medianera levantada justo en el centro.

LXVII

Se cantó karaoke, se comió y bebió copiosamente, se bailó tango sobre el pasto, se escucharon historias tristes, siniestras. Hubo que acompañar a los alcohólicos hasta el baño de ida y de vuelta. Hubo risas. Como una fiesta dionisiaca, dentro de lo que se puede actuar en los límites de la civilidad actual en las clases medias.

Después nos fuimos, dormimos mucho. Charlamos muchas cosas, nos acostamos y levantamos y miramos un policial con Anthony Hopkins y una muchacha rubia con un rodete a lo Hitchcock.

LXVIII

Ya había terminado la varieté, conversábamos en la puerta, fumábamos con complicidad. Me contaba que en su condominio algunos de sus vecinos querían cortar los pastos que estaban muy altos porque atraían liebres y cuises. Hablamos de perros, alambrados, conflictos entre vecinos por los comportamientos animales. Y nuestras historias con ribetes de crueldad por todas partes. Lo más increíble era que no admiraran, que no amaran a las liebres. Para nosotros ellas eran elegantes, un signo casi divino con su belleza pasmosa y ágil.

También hablamos de la locura, de la soledad y eso de llegar a tu casa y que están ahí, los perros.

Y de los divorcios y de las casas que se pierden, que se quedan. Me faltó decirlo, no es fácil irse pero tampoco es fácil quedarse.

Y de los patios argentinos que una y otra vez vamos construyendo.

LXIX

Parece que una de las hermanas nunca había podido perdonarle sus violentos ataques sexuales infantiles, el hecho de que no los refrenara. Todos lo aceptaban como al loco de la familia, justificaban de algún modo sus excentricidades, financiaban sus viajes y deseaban encontrar alguna ocupación que no ocasionara demasiados desastres. Por el momento, parecía que el ajedrez en Austria podía desempeñar esa función, más un enamoramiento en curso que había permitido dejar

atrás una relación con una chica que parecía conducir irremediablemente hacia el estrago.

Un entremezclado de miserias, pobreza y absoluta falta de urgencias económicas o al menos poca ansiedad al respecto me sorprendía en sus relatos, esa facilidad más bien por parte de sí mismos de encontrar lógicas ciertas tareas y profesiones, que era como esa calma de siesta de provincias. Lo envidiaba. Porque también antes yo creía en eso de la profesión, de ser artista, de encontrar la vocación. Pero ahora, rodeada de universos paralelos, de mundos cerrados en los que no necesariamente vemos las líneas de amor que los conectarían, ya todo eso me parecía insostenible, como un castillo de naipes. Un palacio de cristal derritiéndose en el calor tropical.

LX

Al leer y estudiar tantas cosas se iban formando cadenas, tubos de pensamientos, de imágenes y palabras que se enredaban con las voces de los niños, sus juegos y las ganas de estar en el agua, de disfrutar del calor, los ríos, las plantas acuáticas, la selva y los camalotes.

Acerca del dejar atrás las melancolías, las rutinas, las tradiciones. De lanzarse hacia el vértigo de no saber. A la vez, era obvio que necesitaba leer y estudiar, todo el tiempo sentir que investigaba cosas, esos eran los talismanes que me habían fortalecido.

La fama, el prestigio, los deseos, las trascendencias. Finalmente, todo eso también se desvanece. Se pulverizaba ante mis ojos y ya nada podía hacer.

Unas pocas verdades, múltiples voces. Unas verdades múltiples en voces tímidas, apenas audibles. Tibiezas del cuerpo y como saber algo de algo, obtener una certeza mínima de cómo, para dónde ir.

Ella, al cenar, me decía, sí, que se empezaba a preguntar cómo serían las vidas de las personas que estaban ahí. Los que pasaban, los que pagaban, los que no tenían dinero, los que estaban trabajando. Era tan sólida, tan trémula, tan dulce y brillante que te solazabas en su

inteligencia y sus modos expresivos. Además de la voz, esos dones que la habitaban en su pequeño y delgado cuerpo.

Era inconmensurable. Los vacíos, las soledades, las injusticias, el contraste entre la terrible riqueza, las fastuosidades de las mujeres que se enarbolaban con sus jóvenes bellezas objetuales, y las pobres niñas aborígenes con sus bellezas tan crudas y expuestas.

Y tu cuerpo que te cuenta del paso del tiempo. Los comentarios y miradas de los hombres que marcan territorios. Todo eso.

Ellos me querían, entonces sí había como unas líneas de amor. ¡Y todas las cosas que conversábamos! Nos divertíamos.

LXI

De adolescente pensaba que alguna vez iba a comprender, a saber, a descubrir algo que ahora, en este momento, no comprendo. A develar el misterio.

Y ahora me venía a la memoria, esa frase que me dijo, yo quería abrazarla, tomarla como una prueba de alguna clase de éxito en el enredo, dicha en el momento justo. "¿Cuál es tu secreto?" Fue una frase increíble, me caló los huesos. Disimuladamente, contesté, siguiendo el juego. Como tantas veces, quería que la frase atara, encadenara tiempos, secuencias, otorgara una continuidad temporal que yo siempre anhelaba. A lo mejor me otorgaba, con eso, la apertura, la posibilidad, la inquietud por la no concreción, el sufrimiento como posibilidad. Por eso me quedaba dando vueltas como un barrilete alrededor de las cosas.

Siempre queriendo más que un puro presente. La locura, el delirio en el que nos encontramos.

Lo único que pienso ahora que él, ellos, ellas, todos, pequeños, grandes, niños, niñas, cada uno con sus goces y deseo y perversiones que se les van chorreando, escapando, expulsando, imponiendo. Están como en esa cueva de los fantasmas.

En eso del tren fantasma andábamos.

LXII

A mí me gustaría que haya otra cosa, en los días.

LXIII

Porque cuando ella me lo iba explicando, se reordenaban de una manera completamente diferente todas las cosas que pensaba y también las que había pensado antes.

Y la idea misma de pensar se me aparecía como un tremendo disparate. Porque, ¿de qué hablamos cuando decimos pensar? ¿Recordar, imaginar, fantasear, defenderse de aquellas cosas que nos inspiran temores ya olvidados?

Y todas las paparruchadas que escuchamos a diario, que nos van llenando de palabras que entran por los oídos y se meten por las circunvoluciones y se traspasan de un sector a otro y hay ese fluir que no para nunca, cuanto mucho se desacelera y la verdad que sería realmente interesante ver qué pasa con eso.

Después, están todas las ascesis, técnicas para, calmarse, reflexionar, meditar. Lo que no queda claro, más allá de los posibles beneficios de sedarse, narcotizarse o evadirse de los tensos pensamientos como arañas o garrapatas que se aplastan contra el cuerpo, es muy bien qué ganaríamos con esa especie de sapiencia.

Porque cuando éramos medievales, arcaicos, selváticos puede ser, pero ahora, en esta *esquizovida* resultan un disparate magnífico.

Y después, el otro tema: cambiamos de paisaje, cambiamos de temperatura, vemos otros colores, dormimos en otras camas, comemos otras comidas y entonces ahí, por ahí sí que hay otra conexión con ese cuerpo y las palabras, las sensaciones. Arquitecturas endebles pero hechas de hierros forjados.

LXIV

Otra cosa inquietante es esa impenetrabilidad de las pieles. Como que tienen agujeros pero no. El agua no las traspasa y acaso las palabras tampoco.

Por eso todo atravesar, herir, cortar un cuerpo que tanto obsesionaba en los siglos pasados.

¿Y qué encontraron, finalmente?

Unas carnes de carnicería, unas reses.

Porque la supuesta continuidad entre la bacteria, la hoja, la estrella, el agua, el viento, la selva, sentir que sos alguna cosa que valga la pena, además de los devaneos en los que pasamos la mayor parte del tiempo, además de cagar, comer, dormir, coger, no resulta para nada contundente.

LXV

La forma del cerebro, la forma del corazón de una nuez, la forma de las circunvoluciones, el intestino, la mierda. Todos esos canelones, conductos de palabras, secuencias de tiempos.

No es mi intención enloquecer a nadie, incluyéndome.

Más bien capturar, captar, ritmar esas escansiones.

Reflejarte, engancharte, agarrarte de los pelos, pegarte a mi hueso sudorante. Algo así, como una devoración, no nos engañemos. ¡Comámonos!

LXVI

No sé si lo había leído en un libro de antropólogos o si se lo habían contado en Talampaya. Pero recordaba la frase: *los indios eran propensos a las proezas* y abundaban los relatos sobre ellas. Era necesario para el temple ser sometido a desafíos, a un borde, una superación. No una resistencia, una tensión sostenida mucho tiempo, si no otra cosa.

Manejar muchas horas a alta velocidad, ponerse a prueba en situaciones difíciles, nuevas. Eso. La vida en las ciudades, en los campos, las cotidianas seguridades, repeticiones y rutinas nos volvían torpes cobardes.

Más que huesos y músculo, se sienten, las vías nerviosas. Hacen ruido como grillos, como zumbidos y metales *chac chac chac*.

Porque cuando había que huir de un tigre, de una serpiente, conseguir algo para comer, luchar cada segundo era un resabio del ser sal-

vaje que fuimos, que podemos ser. Fulgores de esas memorias, reminiscencias que retornaban y presionaban por vivir.

LXVII

Una frase decía que conocer es un goce.

Entonces, cuando ves al otro, le ves algo que por ahí no ve de sí mismo, es como un relámpago.

Te queda la compensación de demostrarle que le sacaste una ficha, le sacaste dos, sabes cómo es el juego y la trampa. Sabes que creer lo mínimo de lo mínimo puede ser la actuación para la dosis de impostura que hace al juego. Haces el personaje, hasta es gracioso.

Pero hay una que mira. Un poco lo quiebra todo eso.

A mí me dolían las faltas de amor, eso de andar con la herida expuesta todo el tiempo, por todas partes. Obvio que no lo decía nunca, me escondía y me protegía, disimulaba lo más posible hasta irme a todos los extremos de mente especulativa, porque también me daba cuenta que para los demás era un delirio la ansiedad y la importancia de cómo se me despertaban los amores por acá y por allá, por todas partes. Siempre al borde de un precipicio.

También sabía que había repercusiones que iban a otras velocidades no del todo compatibles. Y seguía flotando en el delirio.

Me daba cuenta que los demás estaban muertos de miedo, o sin noción de que es lo que les pasaba, deseando ser importantes para alguien, deseando ser amados. A tontas y a locas.

Empezás a dudar de que haya otros que juegan el juego con más soltura y liviandad, mejor que vos.

LXVIII

¿Por qué a alguien más iba a interesarle la vida de otra persona? ¿O era que todo era una trampa de espejos infinita como la película de Orson Welles de la que solamente se sale con un balazo en el pecho?

LXIX

La niña salvaje se había ido por un tiempo. Había decidido retirarse.

En su lugar de músculos aguerridos e intrépidos había ahora una bolsa de aire que se inflaba y desinflaba, emitiendo suspiros y dilatando los tiempos de las cosas.

Un resignación anticipada, una calma atenta.

Y el bisturí, la indómita rebelión devenida cortesía de palabras que buscaban su raíz fugándose más rápido de lo que la mente podía nombrarlas y los dedos agarrarlas. Algunas te hacen sentir que estás al lado de una reina.

¿Pero qué pasa cuando sos la cortesana, la emperatriz, la niña lobo y sus sirvientas?

LXX

Palabras abigarradas como bosques apretados.

Claros donde se cuele el aire haciendo viento.

LXXI

Me contó de esa chica. Y me dijo su nombre y su sobrenombre. Pensé en Otto Preminger y esas mujeres escabullidas que no hay forma que puedan encontrar la vuelta de sus vidas.

La conoció por carta. Ella después le mandó un *cassette* en el que se había grabado hablándole.

Una vez se encontraron pero ella estaba con otro chico y después no estaba tan entusiasmada. Pasaron cuatro años.

Después se fue a vivir a otro país, tuvo un hijo.

Se encontraron otra vez en una gran plaza de Madrid o Barcelona.

Y siempre se cortaba y había otro.

Él se había enganchado.

A mí me gustaba el relato, esas interrupciones, desfasajes, cierta distancia sin ansiedad y pensar cómo era antes tan distinto: las cartas, el correo, grabarse hablando en un *cassette*. Me hizo acordar a mi primer novio que se fue de viaje y al que después, cuando volvió, le entregué una carta de treinta páginas. Le escribía un pedazo de texto por día. Él siempre me contaba sus historias de amor, yo escuchaba.

Con el paso del tiempo, lograba superar cierta alerta que me decía: "Te va a asestar un golpe en cualquier momento" y me dejaba envolver por el sonido de su voz.

Yo no le contaba anécdotas o historias propias, siempre hablaba de generalidades, teorías delirantes que tenía para las cosas pues temía exponerme y además intuía que poco le interesaba mi relato. Él quería hablar y que yo lo escuché.

LXXII

Le daban ganas de volver corriendo, meterse en una cueva. No se acostumbraba a la sensación de inequidad. Pensaba en qué mal está distribuido el dinero entre las personas. Le dolía la garganta porque eso se localizaba allí, una de las formas del dolor.

Se le mezclaban muchas cosas en ese nudo de glotis, tráquea, en ese fuego seco: sus amigas aristocráticas, los suburbios pobres, Irma y su mejor posibilidad de trabajo.

Le daba bronca que se gastaran esas enormes sumas de dinero para financiar pocas cosas, a unos pocos. Cosas de mausoleo, con olor a polvo. No encontraba solución, el dolor crecía. Entonces decidía que las palabras aliviarían momentáneamente su agonía.

LXXIII

Se quedaba mirando cómo funcionaban las cosas. Cómo eran posibles los mecanismos que se combinaban y reinsertaban en otros. El trabajo humano, las palancas de brazos y piernas que le permitían picar verduras a gran velocidad para preparar los pedidos. La música para que sea más fácil. La gente que entraba con la lluvia y esperaba, con expresiones desganadas e impacientes. Observaba a las parejas que se mantenían próximas. Los sistemas de noviazgo y socialización. *Chac chac chac.*

Por encima del techo, imaginaba los cables que llevaban electricidad a todo eso. Y todo por comer, para hablar...

Afuera esperaba la calle, lluviosa, negra, con las luces corridas.

LXXIV

La *señorita vacío* era una capa. O más bien dos capas, una que recubría la piel hacia afuera, hacia el aire. La otra era de la piel para adentro.

O sea que para que algo la tocara tenía que atravesar las dos capas porque sus sensores nerviosos estaban más cerca de los huesos.

A veces el proceso se iniciaba y quedaba inconcluso.

Eran capas protectoras, térmicas. A veces el frío helado de la muerte las tomaba y no había nada que hacer.

O sea que había que mantener la temperatura de ambas capas en un equilibrio vital.

LXXV

Entonces me venía a la mente la obra de *La memoria es una ladrona*, o su demolición porque en un momento me preguntaba cosas respecto de lo vivo y lo muerto, cómo se sabe, qué define lo uno y lo otro. ¿Es un sentir, un pensamiento?

Porque a veces me sentía lanzada a la tarea de averiguarlo. Era una niña científica con un palito azuzando al batracio para saber si aún reacciona. Acicateando, queriendo saber, crear reacciones de vida como el viento que mueve a la paloma en la novela de Mario Levrero. Entonces un escalofrío, un estertor pero también una agonía recorrería los nervios y la columna vertebral.

Pero al final seguramente advendría *La novela luminosa* que es lo que estamos acá, esperando, para que nos dé solaz.

TRANSPARENCIAS

I

La novela luminosa, su perspectiva. Una escultura blanca y definida. Los pájaros, la paloma muerta que no pierde su forma, las cotorras de la pedicura brasileña en el minúsculo departamento y su canario tal como me habían contado. Su minuciosa amorosidad.

Algunos de los cuentos de Truman Capote, como el de la navidad que transcurre en un presidio., ¿Tendrán que ver con una especie de exorcismo de los Cuentos de Navidad de Dickens? Quizás ni siquiera los haya leído, pero en la historia de mis lecturas se produce el encadenamiento. Y todos los de la familia Glass, de Sallinger.

Elegir los regalos, como me cuenta en el mismo de la pedicura, para los sobrinos de su novio.

¡Los niños!

Una casa como un barco llena de cordiales mil y una noches, suspendida en el aire. Los árboles en la brisa. Todos los relatos salían de esa misma noche de verano.

La elegancia, el glamour, el disparate. Las acusaciones chifladas.

Ya es hora de comenzar la destilación.

Tanta aventura y viaje y tanta investigación de laboratorio debe ser un método.

Cantamos, brindamos, nos pensamos, nos exponemos.

Una gota de elixir cada litro de suspensión.

Y el tiempo.

II

¿Por qué obsesionarse con la producción, la desventración de luminosidad?

Esa lucha, Eros y Tánatos, Mal y Bien. Siempre la misma.

Como cuenta Zizek cuando habla del budismo y dice que *no da lo mismo*. Porque es solo egoísmo, si no, una dimensión chiquitita de las cosas. La de *mi* goce, *mi* iluminación. Y a vos que te parta un rayo. Como si no más fueras más que una fantasmagoría inconclusa, una

proyección. Una erogación, un archipiélago. Un poco es así, ¿no? Pero no todo...

Como los poemas de Santa Teresa de Jesús, ¿existe algo más hermoso, así como un rayo que te atraviesa, que eso?

Dos atravesamientos, entonces:

Con D., como siempre, en el delicado principio inteligente de amarnos como podemos, darnos cosas y resguardarnos. Intercambios de regalos, conversaciones, comidas ricas, bebidas y una complicidad que me imagino va a durar hasta el final. Me gustaría eso. Le debo mucho y lo sé, por eso siempre le devuelvo lo que puedo: le pido cosas así hacemos honor a la amistad.

Y cuando M. que una vez hace ocho años quise entrevistar y le dio pudor contestarme y después fui alumna y profesora y otra vez alumna y después jefa y después más y entonces me enteré que tenía que hablar con ellas porque era mi trabajo y me dije no quiero hacerlo de cualquier manera. Y se confió, me contó de sus cosas. Yo no prometí nada, porque no puedo, pero sentí que retomábamos algo que había comenzado hace ocho años. Y todo se veía tan diferente, ahora yo me sentaba en otra silla, y mis recuerdos viajaban también hacia el jardín de infantes de mi hija, pues yo sabía que había habido problemas madre-hija ahí. Tantos problemas con eso, una relación imposible. Madres solas, hijos sin padres y adicciones. Reproches.

Cada uno goza como puede y no hay ninguna clase de derecho a enjuiciar nada de eso. Es una locura. Pero si hay que tener el rayo en la mente para decir la palabra, la mirada, guardar el silencio que pueda acercar un poco de corte, de sablazo de luminosidad, que si no las cosas son como un infierno. ¿De dónde sacan a veces las personas las ganas de sonreír esas sonrisas con ojos tristes? Esas cosas que te hacen sentir que vibrás y que podrías largarte a llorar, pero no lo hacés, por sostener la mirada que te busca.

¡Te atrapé!

III

Cada una de estas palabras me cuesta mucho. No está asegurada la luminosidad. Pero, ¿por qué buscarla? ¿Existe otro modo de llamarla? Se trata de que la existencia está siempre interrumpida, son múltiples existencias entrelazadas, a veces en fatal convivencia no pacificada. Ocurre que el sinsabor, la desventura, el sinsentido parecen adueñarse por completo de la vida, volviéndose un parásito que de todo se apropia. Entonces surgen un contramovimiento que obsta en refundar, recordar, crear algo que irrumpa como una ensoñación cierta a la sorda opacidad. Aquí se extrema y materializa esa intención. No el logro, del cual no se puede estar segura, si no esa voluntad superior a mis fuerzas.

IV

Me acordé de ella y le conté a mi amigo. Varias cosas se conjugaban: la muerte del padre de su amiga, que me la trajo a la memoria, los niños y el taller de plástica, su hermano y el relato de cómo continuaban los viejos amores en sus transformaciones. Pero todo eso estaba solapado, por debajo más bien.

Lo que estaba por encima fueron nuestros primeros novios. Eran de familias ricas de la ciudad, y entre sí, amigos. En las vacaciones nos cruzábamos. Ella era buena conmigo, a mí me sorprendía que una de las chicas con prestigio social del colegio me tratara. Me sorprendía como tantas cosas me sorprendían entonces porque vivía en una casa de locos. El hecho de noviar con uno de *ellos* abría ciertas puertas para mí. Por supuesto que lo que pasaba entre nosotros no tenía nada que ver con eso. Y aunque fuera para poder decir que no, para poder rebelarme, tenía una clara percepción de los funcionamientos sociales: los prestigios, los nombres, las familias de capital de provincia, el dinero, los colegios, el poder, los negocios, los juegos de seducción para perpetuarse en los matrimonios. Estábamos en plena adolescencia.

Los *rugbiers* habitualmente violaban chicas en sus viajes, otros avanzaban sobre empleadas domésticas. Toda clase de aberraciones. Sen-

tía una gran impotencia y no sabía qué hacer. Quizás treinta años después aparece lo que en ese momento no se vislumbraba. Pero, ese no saber, se alojaba en mi cuerpo. Hubo mucho dolor, mucha afrenta que curar. Que le pasara a otras o a mí daba igual.

Me pasmaba la aceptación de mi novio de la doble moral de estos muchachos, no podía dejar de pensar en esas chicas que ellos despreciaban, trataban como a cosas que se usan y se tiran. También las novias oficiales me daban tristeza en sus edulcorados relatos de noviazgo. ¿Sabían todos mucho más que yo al respecto y lo aceptaban? ¿Sería yo la idiota que creía que no sabían? Mi novio me contaba, siempre preferí saber. Eso me trajo muchas dificultades con los hombres luego, porque saber a veces puede ser terrible.

Ella lo quería y él decía quererla. Pero eran muy diferentes. Ella desoía prejuicios, valoraba la empatía y cultivaba la amistad de personas diversas, como se vio después.

Supe que luego dejó a ese novio atemorizante, se casó con un hombre y tuvo hijas hermosas. La veía de tanto en tanto. Siempre tenía una linda sonrisa para mí.

Algo sabía de ella.

Se fue de un modo inquietante, triste. Conversé un poco con mi amiga, me explicó algunas cosas.

Ya no importa. Las muertas hablan.

Todo lo que pasó después no importa más. Elijo hoy iluminarla con esos gestos de sus quince años, que la vuelven dorada.

V

Me miró desde la vitrina. Se asomó desde las cosas viejas en el barrio de la Boca: *Las Picardías de Scapin*. Lo leí en la infancia. Era esa edición, esa tapa. Tenía la costumbre de leer libros que no entendía. Cada tanto una leve sensación de que habría algún tipo de risa dando vueltas. Imaginaba que en los libros había algo importante, que había que leer muchos. De ahí también el origen de una sed.

Desde esa vitrina se ilumina mi infancia. Y, el día que fuimos al desembarco de los inmigrantes en Berisso, medio disfrazados con las ropas de *Casa Hirsch* en traje de polacos. Con esa melancolía prestada. El río contaminado, los adoquines, la propia vida contaminada. Y el cielo, enorme, prístino, inabarcable hacia donde el ojo no se cansa de viajar.

OTRAS VIDAS

LAS ALMEJAS NO GRITAN

No me gusta mi nombre. Es como una mezcla mal hecha, o me hubieran puesto Clara o Marisa. ¡Pero Clarisa! Es como si no se les hubiera ocurrido nada a tiempo, seguro que nací por sorpresa, no me querían tener. Y todo es así, como una broma pesada, en mi vida.

En cambio mi hermano tiene el nombre de mi abuelo. Cuando lo pronuncian se les abre la boca y se esmeran por hacer sonar todas las vocales, se les nota el orgullo.

Habíamos terminado el colegio y nos llevaban de vacaciones. Querían hacernos congeniar, que compartiéramos cosas, tiempos. Nos mirábamos aburridos, buscando uno en la otra algo en común, además de nuestros padres, nuestra casa, ir y venir al colegio, toda esa vida anterior de la que parecía no quedar nada. Cuando éramos más chicos podíamos jugar juntos, inventar cosas, pero ahora... él estaba cambiado, no le interesaba ya nada de mí, todo el día con sus amigos, su *tablet*, sus deportes y las chicas de su edad.

Encima, tenía esa actitud de lástima de “pobrecita Clarisa, me voy a ocupar de ella un poco” que era peor, falsa. Yo tampoco me creo la chica más divertida del mundo, ojo. La verdad es que no sé qué hacer, todo me aburre, no tengo buenas ideas, dibujo re mal, la tele me cansa, todo lo que aprendo me lo olvido o me agota enseguida.

Estábamos en la playa al final de la tarde, cuando vino corriendo mi primo segundo, que también estaba ahí.

—¡Vengan! Está lleno de almejas, mi papá dice que juntemos, que antes había pero que ahora casi nunca hay.

A mí ni me interesaban las almejas ni sabía bien qué eran. Me daba una fiaca tremenda moverme, revolviendo los pies tan a gusto y cómodamente en la arena como estaba en ese momento.

Ladislao me miró con resignación y se levantó, se sacudió la arena, fue a buscar un balde con mi primo a la carpa y se fueron a la orilla.

Al rato aparecí, tampoco es que tenía algo mejor que hacer. Estaban con las palitas, con las manos, separando los bichitos de entre la are-

na. Las olas iban y venían, así que había que aprovechar los intervalos porque las almejas se hundían rápidamente y ya no podías encontrarlas. Las metían en dos baldes con un poco de arena en la parte de abajo.

—¿Y después que se hace con esto? —pregunté, incrédula.

—Se comen —contestó mi primo. —Son riquísimas.

A mí eso me pareció increíble. Me daban mucha impresión, eran como babosas o caracoles recubiertos. Lo sabía porque una vez cuando era chica aplasté a un berberecho con el pie y se rompió. Y la almeja se parecía mucho al berberecho. Cuando las abris se mueren, no pueden sobrevivir, se desarman. Además, tampoco es que pasáramos hambre, como para tener que dedicarnos a la pesca y recolección. Pero en la familia de mi primo les encantaba hacerse los salvajes, los expertos en comidas y cosas raras, los fuera de serie.

Me puse a juntar almejas con ellos.

Después vino mi tío, se llevó los dos baldes que estaban muy pesados.

A la mañana siguiente fuimos a ver los baldes con Ladislao.

Las almejas habían extendido los tentáculos, las antenas, los cuernitos hasta la superficie del agua para respirar. Estaban larguísimos. Ellas estaban apelmazadas, aplastadas unas contra otras en ese balde. Si no hubieran estado tan indefensas hubieran resultado amenazantes, pero ahí buscaban hundirse y no tenían hacia dónde hacerlo, se hundían entre ellas mismas. Dijeron que había que dejarlas ahí todo el día en el balde con agua de mar, así se purgaban.

A mí toda la cosa me daba entre asco y pena por las pobres almejas que no tenían ninguna clase de recursos para la lucha o la defensa. Era un combate en extremo desigual.

Al otro día las tiraron en una olla muy grande con agua hirviendo. Se achicharraban, se oía el rebullir del agua y el golpeteo de las cáscaras en el fondo porque obviamente las almejas no gritan. Después las abrieron ya cocinadas y a una por una les sacaron las vísceras con arena y les pusieron ajo, limón y algo más, perejil, no sé.

Y las sirvieron en la mesa en la que estábamos todos.

Yo no pude probarlas, pese a la insistencia y burlas de mi tío, que siempre te trataba a los gritos y te hacía pasar vergüenza delante de todos. Me puse tensa y firme, mi padre restó importancia a los embates de mi tío y mi obstinada resistencia y desvió la atención hacia otros temas de conversación.

Mi hermano comió. Lo miré con rencor, se cruzó con mi mirada, simulando indiferencia. Le deseé la muerte, por traidor. Como era traidor a todo lo que yo era o había sido. Estaba harta.

Luego empezó el desastre.

Ladislao cayó enfermo, tuvo mucha fiebre. Nos volvimos a casa, apresuradamente.

Mis padres, preocupados, iban y venían. Él no paraba de vomitar, no quería hablar. Apenas podía dormir de a ratos.

Tuve miedo por mis poderes. Desearle la muerte a alguien, ¿podía causarla?

Durante esos días sufrí en silencio. Tampoco dormí. Se me secaba la boca por las pesadillas, pero al lado de lo que le pasaba a mi hermano era intrascendente.

Una noche, con un nudo en la garganta, hice una promesa. Dejé a mi peluche favorito, un pequeño zorro descolorido, bajo la lluvia. El cielo gris de la tormenta, amenazante sobre mi cabeza, era testigo. La inmensidad quizás me calmara la desesperación, los celos, querer dominar a mi hermano y las cosas horribles que tenía que soportar y no soportaba.

Le pedí a Dios que salvara a mi hermano. Dije que si lo hacía, yo iba a perdonarlo para siempre y además, no iba a dudar de la existencia de Dios. Lo prometí en silencio, pues nuestros padres nos decían que Dios no existía, que era un invento de los hombres. Además, juré que iba a ser buena, paciente, ordenada, que iba a luchar contra mi mal humor por los siglos de los siglos.

A la mañana siguiente, rescaté a mi zorro de ojos amarillos de la lluvia que había cesado, y de la intemperie. Ladislao comenzó a mejorar de inmediato. Incluso me sonreía cuando entraba a la pieza.

—¿Me perdonás? —le dije en cuanto él pudo oírme.

—Claro, boba. Pero, ¿por qué? —preguntó.

No supe qué decirle, no era el momento, además. Él apenas estaba recobrando sus fuerzas.

Y así fue como mi zorro y Dios salvaron a mi hermano.

ADIÓS MUÑECA

Se sacó las botas de caña alta. Aunque eran blandas y de taco ancho, ya le estaba doliendo la columna. Desabrochó el corpiño con aro que le apretaba las tetas. Sin sacarse el maquillaje corrido se desplomó en la cama. Necesitaba dormir al menos unas horas.

Cuando se fue a duchar a la mañana siguiente se vio en el espejo: era cierto, se parecía a Juliette Binoche. Su cuerpo aún se veía seductor, atraía a los hombres. Eso sí, con el disfraz, el perfume, el maquillaje que ahora chorreaba mezclándose con el agua que le surcaba la piel. Los tipos se acercaban como moscas a la miel.

No había tiempo de pensar nada ahora, tenía que ir al trabajo.

En la reunión de consejeros no podía concentrarse. El análisis, la estrategia, se mezclaba con las imágenes de la noche anterior que volvían poco a poco a su mente. Las sensaciones de vergüenza y asco iban quedando ubicadas por debajo de la de hartazgo que cubría su piel como un salitre inexpugnable. Otra vez un pendejo tonto que no sabía nada del cuerpo femenino. ¿Porque insistía con estos chongos?

Al decano se le estaba cayendo una miga de medialuna por la comisura izquierda, mientras con una mano hacía círculos en el aire diseñando en el espacio los próximos movimientos necesarios para asegurar la continuidad del proyecto.

—No vamos a dejar que nos caguen el trabajo de todos estos años.

Se preguntó si el resto escuchaba, como ella, a medias, cada uno en la burbuja de su ser, en las tinieblas de sus pensamientos. Eran irresponsables, lo sabía, pues su futuro dependía de su accionar próximo pero ya estaban cansados, con ganas de jubilarse o irse de viaje, tantos años sosteniéndose ahí, no terminaba nunca el esfuerzo. Mal augurio. La decadencia de una civilización.

Sus pensamientos estaban con el pendejo, en el auto, ansioso por coger ahí nomás, ella cediendo no se sabe por qué, *este pendejo ni sabe reconocer un orgasmo*, por despecho a Manuel que otra vez le decía que no iba a separarse de su esposa, que no tenía huevos. Ella escu-

chaba y ya ni siquiera le interesaban sus palabras, era como si supiera de antemano lo que iba a decirle, ya había aprendido lo suficiente acerca de los hombres para adivinar ciertos argumentos, ciertas frases y gestos antes de que ocurrieran.

Por otra parte, Manuel era un hombre melancólico, reiterativo, previsible. Casi que le sacaba un peso de encima, hasta le daba pena Maruja que estaba como encadenada a ese hombre.

Muchas veces cuando veía a las parejas en el supermercado se preguntaba cómo hacían para soportarlo. Los veía a través de unos anteojos que desnudan las cosas y la visión era desagradable.

Ella, pese a su madre feminista y a su adolescencia rebelde había estado casada diez años con Pancho. Ahora eran amigos, se llevaban bien. Una hija y muchos proyectos compartidos demostraban lo fructífero de la relación, su acierto. La novia de Pancho era una muchacha inteligente, un poco insegura pero bastante afectuosa con Carla, la hija de ambos que la soportaba bastante bien, lo cual no era poca cosa. Tenía mucha más paciencia que la que ella había tenido para con el vanidoso zangoloteo de su ex marido, un hombre buen mozo y conversador con una larga lista de éxitos profesionales y con las mujeres pero sin espesura, de un sola capa. Y al final, ella era como un caracol infinito, él nunca había llegado a conocerlo demasiado, no sabía que existían caminos en ella a los que él jamás había accedido, en caso de que le hubiera interesado algo más allá de sus propios vericuetos y necesidad de reconocimiento.

Se cruzó con María Laura en el pasillo de la facultad.

—Perdemos —le dijo sacando un cigarrillo y dirigiéndose hacia el patio—. Esto se va a la mierda.

Mariana se sintió culpable. No había hecho nada de lo que estaba a su alcance para las elecciones. Tan confiada en que todo iba a seguir como por arte de magia, en nombre de una inercia a la que ella no había aportado ni un miserable pequeño impulso.

Llamó al decano, le dijo que lo acompañaba en lo que él resolviera, lo felicitó por sus años laboriosos y de coraje. Esbozó frases inconexas en lugar de un *mea culpa*, unas disculpas.

—Yo me jubilo, estoy harto —dijo Fabián con la voz cascada—. No valoran, no entienden nada. No te sientas obligada a nada, vos, eh.

El largo pasillo se abría ante ella como un paisaje en la Antártida.

Tuvo que acomodar las cosas en la facultad, porque había que organizar el traspaso y ya que no había hecho nada ponía ahora el cuerpo al menos en esa escena incómoda, la del fracaso. Había que juntar los pedazos de todo lo que se aniquilaba, los pedacitos por acá y allá, los platos rotos, demostrar que así como hoy perdías mañana podías ganar de nuevo. Decidió sacarse una licencia sin goce de sueldo. Total tenía algunos ahorros, ya que sus placeres habían sido sobrios, comidos y la facultad mucho tiempo no le había dejado libre tampoco.

Carmen, su amiga de juventud, la esperaba en San Martín de los Andes, iría a verla un tiempo y luego quien sabe. Ya no le quedaban ganas de seguir en las disputas de la facultad con este panorama.

Decidió que antes de irse, le regalaría las botas de caña alta a alguna amiga.

ELBIA

Todas las mañanas, ver el río podrido. Lo veía cada vez que iba en micro a La Plata. Pero era preferible salir, viajar y no quedarse enlodada en ese río contaminado que otros veneraban como a un santo. Ella no sentía nada. Solo era un río putrefacto. No admiraba a los inmigrantes ni le parecía heroico que hubiesen atravesado el océano ni le daban ganas de llorar cuando toda la ciudad conmemoraba el desembarco, con las valijas, los trajes de principios de siglo, los sombreritos y las fotografías color sepia.

La ventana del aula, ya promediando la mañana, dejaba filtrar la luz del inicio del verano entre las plantas abundantes que la circundaban, felices del agua de la lluvia reciente. No tenía ganas de hablar, quería pasar desapercibida. Su torso se caía, colgaba de la cabeza como un títere sin titiritero. Un pozo negro crecía dentro de ella sin prisa pero sin pausa y sabía que si se le escapaba una sola palabra, Macarena imaginaría lo que pasaba pues era su mejor amiga y la conocía lo suficiente. Incluso la había bancado cuando Delfina la había agredido y puesto a casi todo el curso en su contra.

Esta vez no quería que se sepa. Quería dejar de pensar en eso. Quería dejar de sentir el ahogo en el pecho, la rigidez de la garganta, la fatiga en las piernas. Pero una cosa es querer y otra, poder.

A la tarde, fue a la clase de danza. Algún gen felino se agitaba en ella, daría dentelladas, se recobraría antes de ser aniquilada, si era preciso. Su cuerpo lo había decidido antes que ella misma. Tanto mejor.

Se fue a cambiar y en un parpadeo volvió a ver los golpes, a sentirlos. Por unas horas era como si hubiesen disminuido de tamaño, de intensidad. Como si toda la operación que había realizado con esfuerzo hubiese dado sus frutos. Pero estar en el vestuario, sacarse la capa de ropa que la cubría y reemplazarla como la piel de un reptil por otra, por la de las ropas para la clase, abría una puerta. Algo volvía a activarse y su carne, sus músculos, su piel y sus nervios despertaban del

letargo y aullaban. No podía acallarlos. Las lágrimas se acumularon en sus ojos.

Sus compañeras la vieron y llamaron a la profesora. Se encerró con ella en un aula y le mostró. La profesora palideció, dudó. No sabía bien cómo proceder. Elbia empezó a hablar, a desahogarse, nunca había sido una chica sumisa. Igual se notaba, se veía, se sentía con la ropa de danzas que la dejaba mucho más expuesta.

Comenzaron a salir las palabras de su boca sin que pudiera evitarlo. Brotaban como una catarata. Del sollozo entrecortado pasó a una voz más grave y seca. Le contó todo:

Cómo le decía que era una puta.

Cómo casi la había desfigurado cuando era chica.

Cómo la perseguía, la buscaba para evitar que pudiera verse con nadie.

Cómo su madre aterrada, avergonzada no se atrevía a intervenir.

Cómo al otro día tenía ganas de morirse y quería dañarse, cortarse. Lo había hecho algunas veces.

Cómo después empezaba a imaginar la forma de matarlo para librarse de él, para que desapareciera de su vida.

Cómo le costaba dormirse cada noche humillada, atrapada en la ciénaga. Encima, era hija única. Todo caía sobre sus hombros. Después de la última vez, le dijo, le alcanzó a decir, se había ido unos días con su abuela, que estaba muy mal de salud y terminó internada.

Qué mierda de vida. ¿Cómo huir?

—¿Cómo tener una vida propia? —preguntó a la profesora.

* * * * *

Tres días más tarde comenzó a sentirse mejor.

La boca como una cloaca, el río podrido empezaba a mover el agua. Pese al miedo y a su pedido expreso de que no dijeran que ella lo había contado, le gustaba que a escondidas de él la profesora hubiera accionado los mecanismos necesarios, citado y hablado con la ma-

dre, con el colegio. Le gustaba que su pocilga de vida se conociera, al menos. Quería estar en la clase, otra vez. Se propuso un objetivo: entrenar, fortalecerse, crecer en autonomía, en completa posesión de su fuerza y no doblada a cinturonzos.

Sabía que le faltaba tiempo, plata. Que era muy chica.

Pero también sabía que pronto se iba a tomar el palo.

Cuando subió al micro vio una pintada grafiteada en la calle: *enojate, hermana.*

Ahora tenía un plan.

LAS AZUCENAS Y EGBERTA

Había una relación causa-efecto entre las azucenas y ella. Lo que no se podía saber era cuál era la causa y cuál el efecto.

Las azucenas florecían en el verano tardío cuando Egberta se marchaba.

Ya había pasado mucho tiempo y muchas cosas: la venta de la escribanía, los hijos ya grandes y lejanos, las eventuales visitas de los nietos, tan frecuentes antes pero en las que ahora se percibía el agotamiento por el esfuerzo que hacían por comunicarse, por transmitirle algo de lo que les importaba porque la querían.

Egberta sabía, podía sentir el cariño, el afecto. Pero se interponía una distancia entre lo que sentía, lo que pensaba, lo que quería hacer y decir y lo que finalmente salía de su boca. Un espacio como el desierto del Sahara, imposible de atravesar. No es que no lo hubiese intentado, es que durante ese intento las cosas se diluían, se entremezclaban y confundían dejando una huella que no se podía rastrear. Unas miradas húmedas, cargadas con palabras que no podían decirse, finalmente, eran el puente que unía a las personas, en la cocina y los sillones del comedor.

A veces al despertarse creía oír las andanzas de Rudecinda por la casa, ordenando vajillas aquí y allá, calentando el agua para el mate cocido. Luego recordaba que Rudecinda había fallecido hacía ya cinco años, al igual que Manuel, su esposo, que se había ido hacía quince. Pero el sueño de la noche, las pastillas que tomaba para poder dormir unas horas la dejaban en ese fundido del tiempo en el que el salto podía ser de días, minutos, horas o años. Lo mismo daba.

Después de todo, ¿acaso alguien sabía algo sobre la naturaleza del paso del tiempo? ¿Y no sería mejor vivir como vivían algunas de sus amigas, recordando siempre los momentos felices de la vida pasada? Uno de esos momentos que ahora por suerte retornaba con frecuencia había sido cuando Irene, la ex esposa de su hijo Marcos, le leía sus preciadas novelas policiales bajo la glorieta de glicinas en el jardín.

Aún le parecía oír su voz un poco ronca y la risa grave que la sacudía de tanto en tanto. Con Irene había podido compartir esas tardecitas estrechas y frescas. A veces la había sentido más próxima que a los de su propia sangre.

Cuando pasaban estos *flashbacks*, trabajosamente, a gatas y a medias, reconstruía el momento actual. Tomaba el bastón junto a la cama y comenzaba su andar lento y continuo hacia el baño primero y a la cocina después. Reparaba en que era Florencia, la muchacha silenciosa, la que andaba por allí. Amable y profesional, ahora se encargaba de las tareas domésticas. En cualquier momento se acercaría por si necesitaba ayuda e iría a prepararle el té y el jugo.

En el espejo del baño se miraba sin verse y luego de un largo rato en el que lograba el aseo necesario para afrontar el día, se ponía colonia *Heno de Pravia* y salía.

Era un día de sol amable, tibio y con una leve brisa, de esos que a ella le hacían sentir que el cuerpo se alivianaba un poco. Eso ya se le antojó un buen auspicio. Intercambió las fórmulas de rigor con Florencia y tomó su desayuno.

Más tarde decidió salir al jardín. Un nuevo día, o parte de él se presentaba ante sus ojos, vacío y lleno a la vez de tiempo y de tiempos superpuestos en los que su mente se ahondaba, detenía, sorprendía y excitaba alternativamente. Pero por encima de todo, una capa de tiempo sin nada se posaba sobre todo lo demás. Eso le producía un espasmo, una reverberación difícil.

Desde el jardín, las azucenas la miraban.

Sus campánulas estaban allí, reales y la invitaban a acercarse, a mirarlas, tocarlas suavemente.

A Egberta le parecía que eran animales, que iban a salir moviéndose rápidas y sorprendidas, carnosas, fuertes. Era como que le hablaban, le contaban historias o más bien le cantaban. Viejas canciones, como sirenas o ninfas acuáticas, por momentos en sus vibraciones parecían invitarla a sumergirse en mares remotos y profundidades jamás transitadas.

La ocupaban por horas y se ocupaban de ella. La brisa le recorría el rostro y junto a las azucenas permanecía encantada y feliz. Todo se diluía y sólo quedaban la carne blanca y sus sonidos inaudibles para todo el resto de las personas que la visitaban o habitaban la casa. Escuchó el teléfono y luego la conversación entre Florencia y su hija Marta, quizá. Intercambiarían impresiones, instrucciones y acomodamientos de sueldos y horarios, como siempre. Seguramente Florencia le diría que ella estaba afuera, al lado de las azucenas.

Cuando Egberta era niña, las azucenas eran flores importantes, veneradas, loadas en poemas y canciones. Las flores de la virgen. Luego dejaron de gustar, de interesar a la gente para plantarlas en sus jardines. En las iglesias se seguirían viendo, suponía, en los floreros de los altares. Pero como todo, las ropas, las comidas, los modos de entretenimiento, las plantas también pasan de moda.

Las flores de su jardín no seguían modas. Y esta relación con las azucenas era reciente, nueva. Bastaba acercarse a ellas para que una sensación de algarabía, de dulce ronroneo la invadiera. Como en *Alicia en el país de las maravillas*, eso era. Y no. Esto era otra cosa.

No lograba descubrir de donde surgía, con qué pliegue de sus recuerdos se relacionaba, aunque advertía que algo así le pasaba. Pero justamente uno de los efectos que la cercanía con las azucenas le producía era que se olvidaba de toda otra cosa y se quedaba allí, sentada en una silla que le acercaban, disfrutando y riéndose para sus adentros. Sabía que podía pasar las horas, las tardes que restaban del verano en ese dulce letargo lleno de una vida desconocida, apenas comprendida pero que le llenaba las venas y pulmones de un aire tibio y burbujeante, del que nada podía saberse y en el que las palabras, los conceptos y los recuerdos se disolvían y descomponían gradualmente más y más.

Unos días más tarde, no despertó a la mañana.

Las azucenas estaban marchitas, y había un dejo de sonrisa en el rostro de Egberta, plácido, que vio Florencia, la muchacha, antes de llamar por teléfono a Marta.

MILLENNIALS

—No me quejo —pensó Juana mientras subía la escalera del edificio— hay gente que vive mucho peor que yo y además acá está bastante fresco.

Era un día de cuarenta grados, la calle estaba imposible. Había recorrido cincuenta kilómetros para llegar, sorteando un accidente en la autopista. Le sorprendió no escuchar ningún sonido y no sentir olor a comida. ¿Sería la hora del día en la que nadie cocinaba? ¿O no había gente en los departamentos?

Hacía tres años que no se veían. Eva la había presionado y entonces decidió tomarse un tiempo. Bastantes problemas tenía con su exmarido y su adicción, el hijo adolescente depresivo, los concursos interminables en la facultad. Encima se le ocurría salir con una chica a esa altura, pensando ingenuamente que quizá fuera la solución.

Había conocido a Eva por medio de una amiga. Chatearon, se encontraron en un bar y tomaron mojitos, uno, dos, tres y luego salieron a caminar por las calles. Eva la besó en medio de Palermo, los pibes alrededor aplaudían y las vitoreaban a la voz de “llegó el amor”. Estaba bueno.

Fueron a un telo, cerca de lo de Eva. Juana se sentía perdida, no sabía bien qué hacer para darle placer a Eva, que era una experta. Eva dijo *no te preocupes, se aprende*.

Siguieron viéndose. Eva le escribía, le explicó que vivía con su pareja desde hacía años y no la iba a dejar pero necesitaba una amante. Tenía todo previsto. Hablaron de trabajo, de las familias, de política, de la ginecóloga.

Un día Eva dijo:

—No sé por qué me buscaste, la verdad.

Eran nubarrones que le venían y luego se dispersaban. Muy de Eva esas demandas.

Igual seguían viéndose. Iban a buenos restaurantes, tomaban ricos vinos. Pero Juana se sentía presionada, como apurada. Había una som-

bra detrás de Eva que nunca se iba y la iba circundando como una laguna. Sentía que Eva tenía un guion escrito en el que su personaje, o sea ella misma, Juana, sus diálogos y acciones estaban precisamente delimitados, planificados al detalle, como si fueran bordados hechos en una urdimbre en la que bastaba encajar o una tela de araña en la que ella era la mosca. Entonces se miraba a sí misma y no se daba cuenta de lo que podía llegar a hacer para cambiar esta escritura, para salirse del guion porque no le gustaba sentirse como un robot. Eva era muy estricta.

Otro día le dijo:

—Te tengo miedo.

Juana revoleaba los ojos y hacía como que no escuchaba para no echar más leña al fuego.

Una tarde discutieron porque Eva quería quedarse en la cama toda la tarde con ella. Juana quería ir a ver la muestra de Liliana Porter que esperaba desde hacía meses. Un poco negociaron al final y entonces acordaron estar un rato en la cama y después ir a la muestra.

En el segundo piso del museo, Eva se escabulló entre la gente. Juana la buscaba por todas partes y no la encontraba por ninguna. Cuando por fin llegó a la instalación principal, estaba tensa, preocupada y no pudo disfrutarla. ¿Dónde se había metido Eva? A las corridas abandonó la sala. Apenas pudo ver la muestra.

Al final la vio aparecer por un pasillo que llevaba a los baños. Bajaron las escaleras mecánicas. Eva lloraba. Juana estaba furiosa pero mastizó el enojo y se lo tragó, mientras se sentía una turra por egoísta.

Eva le recitaba frases de Perlongher, “vos no me deseás”, le decía, se quejaba, se mostraba enamorada, despechada. Juana intentó hablar, explicar las cosas como si entendiera algo de lo que sucedía entre ellas y en ella misma. Buscaba argumentos, los dibujaba con los brazos en el aire para volverlos más explicativos, más claros, se encogía de hombros. Fueron a comer y beber algo y fumaron la pipa de la paz tras unas cervezas artesanales y un menú casero en un barcito que Eva conocía.

Unos días después, Eva le escribió por Facebook, la increpó, le exigió definiciones.

Juana no era *millennial*, no contaba sus verdades afectivas por Instagram, no increpaba políticamente por Twitter, no se sacaba *selfies* mostrando las tetas, no se separaba de sus amantes por chat. Pero Eva sí. Después de varios chats la bloqueó, se le hacía difícil verla, saber qué hacía, adónde iba.

Juana decidió parar un poco con todo, la cosa se desmadraba. Decidió volver a los chongos, probó, fue y vino. Después se quedó sola por muchos meses pues su paciencia quedó colmada luego de acostarse con Luis.

Luis era pelado, *sexy*, inteligente, un abogado laboralista comprometido con la causa popular, un militante. Siempre andaban coqueteando y una vez salieron. Se encontraron una noche en un bailongo y tuvieron sexo finalmente en la casa de él y otra vez en la de Juana.

Luego de eso, en ese momento en que ciertos hombres se ponen a hablar, Juana tuvo que escuchar una perorata de dos horas acerca del hombre y la mujer, el porro, la paternidad, las orgías, por qué había que votar a fulano de tal aunque te parezca un queso y muchas otras cosas. Fue demasiado. Parecían ardides de autojustificación y cobardía. Cómo no enterarte de las cosas que te pasan o algo así.

Al otro día Juana le cortó por chat y le mandó una canción que hablaba de dejarse correr como un río y seguir el curso, como un Heráclito del siglo XXI en clave pop. Ella también podía aprender de los *millennials*.

La verdad es que a veces había extrañado a Eva. Las salidas *gourmet*, los paseos por Buenos Aires, las conversaciones, la actitud atenta cuando le contaba cosas, el hecho de que le hubiera regalado el libro de obras completas de Olga Orozco, el tacto para el detalle en tantas cosas, la percepción fina, femenina. Pero no iba a mover un dedo para verla pues sentía que podría dañarla, y no quería. Juana no soportaba causar el sufrimiento de alguien que la quería o la deseaba si podía evitarlo. Bien sabía lo que era estar del otro lado del mostrador en esa escena.

—Sabes que no aprendí a vivir— le dijo un día.

Y esa frase a Eva la había convencido, le había parecido genuina.

Una noche se cruzaron en una fiesta de cumpleaños de unas amigas tortas. Charlaron, Eva sonreía, parecía que se le había pasado el enojo. Seguía teniendo unas piernas preciosas y estaba impecablemente vestida y con onda, bien de profesora de Historia con su blusa bordada de México y las sandalias bajas de cuero con tiritas. Y Juana ya sabía con qué bueyes araba. Quedaron en verse.

Eva restableció el contacto en el WhatsApp y se comenzaron a escribir.

Piano piano si va lontano pensó Juana al llegar al final de la escalera.

VUDÚ

I

Eran de General Villegas, un pueblo reventado desde el vamos. Ellos llevaban la marca en el cuerpo pero la madre además podía verbalizarla. No dejaba de repasar con fiera vocación esta carga que pretendía repartieran al menos parcialmente entre los tres.

Se habían mudado pues al no estar el padre —jamás había estado, les recordaba todo el tiempo su madre— ella consiguió un trabajo administrativo en La Plata por medio de una prima y allí fueron todos. Además, ellos querían estudiar en Bellas Artes o Arquitectura. Y lo hicieron.

No les fue mal, terminaron las carreras. Se sentían especiales, extraordinarios, llamados a la *new age*, marcar la cancha, hacer la diferencia. Eran lindos, oscuros, ambiciosos y tristes. Las chicas gustaban de ellos con sus camperas de cuero, ojeras pronunciadas, cuerpos delgados. Tenían además pieles pálidas, cabellos negros y miradas intensas. La fórmula del éxito para verse como personajes de un cómic de la *Metal Hurlant*.

Uno estudiaba diseño; el otro, escenografía. Armaron una banda. Por una extraña conjugación de motivos los demás pusieron a esta banda de rock en un lugar de rareza, como ejemplo a admirar. Ocurrió un poco rápido y a ellos mismos los sorprendió. Los de afuera creían que lo habían logrado. Adentro era todo bastante diferente: se parecía a un pantano verde y espeso. Las fuerzas se movían en lentos desequilibrios de una zona a otra entre los cuatro varones que integraban la banda. Por un lado el polo lumínico encarnado en el bajista, mientras que la neutralidad era el tecladista. Los dos hermanos en su secreta guerra y rivalidad tensionaban el aire con sus exploraciones sonoras. Un día Alejandro se fue a vivir a Buenos Aires y Patricio quedó con la madre, absorbiendo esa destilación dosificada de encono y fatalismo irreversible gota a gota. Quizás lo bueno era que podía encontrar alguna explicación para su malestar e insatisfacción. Porque, ¿quién

conoce los motivos de nuestros desasosiegos y angustias, después de todo? ¿Quién podría reconstruir como un arqueólogo, a partir de unos pocos restos desperdigados por acá y por allá, la lenta y erosionada historia de nuestra penosa y acumulativa sensación de ser unos desgraciados?

Los hermanos se veían en los ensayos, además de visitarse de tanto en tanto. Patricio siempre iba al bar a beber ginebra. Miraba a Laura, la moza. Ella iba y venía sirviendo las copitas de *Sprite* con ginebra, les daba un golpe seco y había que tomarlas de un trago. Eran el éxito de la temporada. Él se tomaba una, dos, tres. Y cuando ya se habían ido todos los amigos y conocidos se quedaba de soslayo mirándola torvamente. Pedía una última ginebra y cuando la noche estaba por terminarse, la invitaba a salir. Ella se negaba.

II

Laura era pálida, agresiva. Gótica. No sonreía. Sufrida y desengañada a los veinte, había frecuentado algunas zonas oscuras de su vida y las calles. Era amiga de quienes tenía que serlo y además estaba ahí, vestida de negro y negándose.

Hasta que una buena noche aceptó la invitación de Patricio. Quizás sea imposible determinar por qué esa noche sí y las otras no. Laura había visto la semana anterior cómo el hombre que se acostaba con ella a las cinco de la mañana en departamentos deshabitados prestados por amigos ricos (pues él pertenecía a una familia de dinero, con muchas propiedades y negocios) besaba en la barra del bar a su novia odontóloga, recién llegada de España. Ni siquiera le había destinado una palabra de despedida, una mirada. Aunque hablar claramente no era lo suyo: la cocaína y el whisky o quizás alguna forma de psicosis le impedían contestar las declaraciones de amor de ella, luego de las eyaculaciones precoces de él. Esto por nombrar una entre otras situaciones en las que sobraban las palabras. No había palabras o no había significado de las palabras entre ellos. Laura asociaba, gracias a su pa-

dre esquizofrénico, ansiedad con sufrimiento, deseo con indiferencia, intoxicación con goce. Así que eso sería el amor, más o menos.

III

Con ese mar de fondo comenzaron a salir Patricio y Laura.

Él la visitaba en su cuartito, atrás del patio. Ella le mostraba los dibujos que hacía con tinta china y plumines en papeles especiales, que compraba o le regalaban del negocio de su *amigovia* Sabrina. Él le regaló un *cassette* con los temas de la banda, escrito con birome y letras con forma de rayos.

Un día fueron y volvieron de Buenos Aires en tren y tuvieron que correr para alcanzarlo.

—Qué lindo correr— dijo él.

Patricio fumaba como un escuerzo. Laura reía porque estaba entrenada con la bicicleta y otras cosas que hacía.

Otro día le dijo que le gustaba Buenos Aires los domingos, cuando no había gente en las calles.

Una noche fueron a ver *Blue Velvet* con Alejandro y sus amigos y se quedaron a dormir en uno de esos departamentos de San Telmo, que la gente en Buenos Aires naturaliza como sus viviendas pero que a veces parecen cuevas oscuras, sin ventilación, cuartos de vieja pensión polvorientos con olor a pis de gato, plantas secas y sonidos en los pasillos de gritos que no se entienden bien, amén de algunos chiflados acechantes que parecen saltar de los bordes de los edificios: *la gente detrás de las paredes*.

En el living, Alejandro le lanzaba miradas y sobrevolaba la escena con ojos planeadores, marcaba su dominación sobre Patricio en silencio, con eficacia fantasmal, dirigiendo una orquesta de instrumentos inaudibles. Patricio rumiaba su rencor pero sentía el peso y la imposibilidad de sublevación.

Algunas semanas más tarde Laura conoció a la madre de Patricio: una mujer delgada y endeble, con la voz cascada y aflautada. Casi siempre estaba enferma, víctima de gripes interminables. Fueron a su casa

incluso un día en que la madre no estaba pero Patricio se sentía raro, miraba todo el tiempo tras los hombros como si se le hubiera perdido algo.

En los shows de la banda ella bailaba, era joven entonces y llamaba la atención. Alejandro imperaba y Patricio soportaba. Era muy extraña la posición de su cuerpo para tocar la batería, con una curva en la columna que no se enderezaba y lo obligaba a una dolorosa e incómoda fuerza. Como si recibiera todo el tiempo la presión de un émbolo.

Una noche, Patricio le dijo a Laura que había estado hermosa la noche anterior, en la cama con una remera blanca. A la noche siguiente, le dijo que él en realidad amaba a Graciana, que no lo quería pero se había acostado una vez con él y se daba cuenta que la seguía amando. Fue la última vez que se vieron.

IV

Antes no había Facebook ni Google y la gente simplemente dejaba de verse.

Mucho después, ya casada y con hijos, Laura supo por un amigo que Patricio empezó a trabajar en un importante teatro de Buenos Aires. Alejandro obtuvo premios internacionales como diseñador.

Cada tanto le volvía la sensación de pantano y odio entre los hermanos como si algún viento súbito le soplara el rostro. Sentía que había sido una muñequita vudú que Patricio y Alejandro pinchaban con alfileres y miraban reaccionar en un juego propio, interminable, en el que ella permanecía ajena.

Con los años pensó también en otros hermanos atravesados por algo indefinible que termina por parecerse más al odio que al amor. Como si vieran una sepultura salida de un cuento de Poe en el que alguna vez se habían agitado unos fantasmas de aquellos que dejaron una estela, pero que como homúnculos no terminan de nacer.

UN PLAN CHINO

Estaba decidida. Se iba a casar con un europeo, preferentemente un alemán. Nórdico, al menos. Estaba podrida de ser pobre, de correr la coneja y tener que demostrar todo el tiempo sus capacidades. Era una chica de clase media, promedio, estándar, pero bien que la había yugado todos estos años laburando a contra turno para pagarse los mejores profesores de teatro.

Y talleres complementarios: puesta en escena, iluminación, vestuario, dramaturgia. Le había costado ingresar, además, a la escuela de artes dramáticas que le daría un título oficial. ¿Para qué? ¿Trabajar de docente en colegios secundarios? Ni en pedo.

Algunas de sus amigas se habían enganchado con músicos en ascenso, lo que les cambiaba el panorama, les daba contactos, relaciones, agenda, informaciones de castings. Y si les salía mal a ellas pero a ellos les iba bien... bueno, guita y un poco de estabilidad. Otras, con gente que trabajaba en productoras o publicidad, lo cual podía llegar a resultar mucho más directo.

A fin de cuentas, ¿quién no se prostituye?

Una vez trazado el objetivo puso en marcha la estrategia. Asistió a cumpleaños, estrenos, milongas, fiestas, presentaciones de libros, festivales. Sabía que era cuestión de tiempo. Y eso no era un problema para ella pues era de capricornio. También notaba que los tipos la miraban. Bastaba con un par de tetas, un poco de cintura y la boca carnosa como tenía, *lookearse* y listo. Pan comido.

Los italianos le parecían chantas, los españoles brutos, los franceses prepotentes, los ingleses borrachos incurables. Al menos los que se veía por acá. Estaba claro: alemán. O a lo sumo danés, nada de australianos, neozelandeses ni noruegos. Por más que fuera una nación sospechosa, seis millones de judíos, más cretinos que nadie, más inquietantes y perturbadores que la Merkel o quien estuviera comandando. Estaba decidida.

Al fin, apareció el candidato.

Ella le coqueteó, él entró como por un tubo leyendo sus señales. Estaba de vacaciones en Buenos Aires, trabajaba en un banco, le gustaba viajar y mucho las argentinas. Encima, parecía buen tipo.

* * *

Gustav aprendía, iba entendiendo sus gustos sexuales y no tenía reparos en laburar en la cama. Ella sonreía. Salían a comer, paseaban, Marina lo visitaba en su departamento temporario. Poco a poco fueron volviéndose más próximos, más íntimos. Él le contaba de su familia, ella de sus proyectos de vida en la media lengua en la que conversaban. A fin de cuentas no parecían entenderse menos que el resto de las parejas que frecuentaban cada uno por su lado o juntos.

Empezó a averiguar cursos, clases, seminarios en Berlín. Ya tenía todo bastante bien organizado, incluso lo venía charlando con su tía Mary para no sorprenderla a última hora, ya que sus padres habían muerto años atrás y era Mary quien, como había podido, se había ocupado de Marina. Mary parecía adecuarse a sus planes, aún incrédula pero ya cansada de escucharla quejarse de su falta de suerte o de las políticas culturales argentinas. Solo a los ricos les puede ir bien o a las trolas de la tele. O las que se enganchan con un rockero *mainstream*. El resto, a llorar a la iglesia.

En un mes Gustav se iba, ella estaba apresurando las cosas pero todo marchaba viento en popa.

¡Iban a cumplirse sus planes!

* * *

Había solo un problema, un obstáculo: justo antes de acabar, Gustav hacía un sonido extraño. Ella se adaptaba, trataba de no oírlo porque la pasaba bien con él. Pero últimamente había entrado más en confianza y el sonido iba en aumento. Cuando pasaba esto, se le venía a

la mente Ramiro, el muchacho del Bajo Flores que tanto le gustaba cuando tenía quince años.

Nunca se había acostado con Ramiro, solo se besaban y acariciaban. Tenía la piel morena, aceitunada, una boca blanda, manos envolventes. Y una voz preciosa. Cada vez que lo veía vibraba de emoción, Ramiro sonreía gatunamente al modo clásico y andaban por ahí. Después se tuvo que ir a vivir a Rawson porque al padre lo trasladaban en la refinería en la que trabajaba y entonces se despidieron a los apurones y perdieron todo contacto de un día para otro. En todos estos años no había pensado mucho en Ramiro, la verdad. Pero cada vez que Gustav hacía su extraño graznido, Ramiro se le aparecía como un fantasma. Era momento de tomar decisiones. No iba a permitirse que sus planes se fueran al tacho. Había varias opciones, pensar en otro, irse de su cuerpo, nada que miles de mujeres no hicieran todos los días.

Ya se había acostumbrado. Iba a la clase, se había comprado un abrigo nuevo, empezaba a vincularse con las latinas y más adelante por qué no con las europeas que tenía de compañeras en el seminario. Ya tenía su agente, hacía castings. Gustav llegaba todos los días puntualmente del banco y al rato cenaban, temprano. A veces salían, a veces se quedaban en casa. Los padres de Gustav vivían a veinte kilómetros y los visitaban cada quince días.

Desde las ventanas del comedor del departamento se veían las ventanas del vecino de enfrente que estaban pobladas de macetas con rosas silvestres y otras plantas con flores, cubiertas con toldos anaranjados que las protegían de las nevadas. Marina veía de tanto en tanto a la muchacha un poco rolliza, de su edad, que podaba los canteros, regaba, reorganizaba los bulbos y los tallos desmelenados.

Todo iba según lo planeado.

Solo esporádicamente la aquejaba un dolor en el hombro izquierdo que la paralizaba y por el que había que llamar al enfermero del dis-

pensario dos cuabras abajo para que le inyectara los corticoides y pudiera ir a clases al otro día.

Por otra parte, Mary no tenía buenas noticias de la Argentina cuando le escribía: desocupación, inflación del cuarenta por ciento. Menos mal que ella estaba allá, le repetía.

Gustav quería tener hijos, Marina aún no, prefería esperar un poco, darle espacio y tiempo a su carrera.

La verdad es que había muchas actrices en Berlín, alemanas y de otras nacionalidades, en los castings. Ella daba latina y poco a poco, muy gradualmente iban llamándola. Entrenaba tres veces por semana. Gustav no se quejaba, simplemente, con el paso de los días las sonrisas y las conversaciones menguaban. Él se mostraba conforme de todos modos con como ella limpiaba y ordenaba la casa, aunque no pensaba lo mismo de los lugares en los que hacía las compras. Él prefería los mercados, las ferias con comida barata y fresca, ella iba al supermercado porque esas ferias y mercados ocurrían en días y horarios específicos y en diferentes puntos de la ciudad que no terminaba de identificar y memorizar a tiempo. La madre de Gustav estaba de acuerdo en señalar que nada era mejor que comprar el pescado fresco, las aromáticas y todas las cosas imprevistas que podía haber en el mercado regional.

Una y otra mañana, Marina veía a la muchacha de enfrente con sus macetas, sacando malezas, regando, podando con una pequeña tijerita, removiendo la tierra para que respire. No se veía si había alguien en la casa con ella, solo un gato gris y blanco que aparecía por el balcón de tanto en tanto y se acomodaba a su lado. Marina imaginó que se llamaba Gretchen y que vivía sola. Era muy agradable verla, sus brazos rollizos, pecosos, hábiles. Era como tomar un vaso de agua fresca. Un día cruzó la calle y le tocó la puerta, con alguna excusa. Gretchen abrió, ella le dijo que era su vecina de enfrente y quería consultarla respecto de sus flores, que qué lindas las tenía, que si ella había trabajado en un vivero o provenía de una familia de floricultores, que si compraba los plantines o las semillas y demás. La muchacha sonrió,

la invitó a tomar un té y conversaron. Era aficionada, todo lo aprendía de internet pero practicaba y avanzaba mucho con el ensayo- error y la paciencia, claro está.

La semana siguiente fue nuevamente a la casa de enfrente con un plantín. La muchacha de enfrente, que se llamaba Bernarda en realidad, la recibía y de a poco se iba generando una confianza entre ellas, una complicidad. Marina admiraba su serenidad, que Bernarda obtenía del cultivo y cuidado de sus flores y maceteros, como una meditación. ¿Por qué ella nunca tenía paz, siempre agitada, disconforme, buscándole la quinta pata al gato?

Una tarde en la que estaban riendo, escuchando música, unas bandas alemanas que Bernarda le mostraba, la besó. Marina quedó tiesa al comienzo, pero no se sintió incómoda. Bernarda olía delicioso, su boca era blanda. Era muy amable y un poco tímida pero eso ya lo sabía.

Comenzaron a verse más seguido. Por supuesto que Gustav no sospechaba la índole de esos encuentros, más bien se mostraba complacido de que Marina ahora estaba más animada, tenía un brillo nuevo desde que trababa relación con los alemanes, se iba integrando y sus intereses se ampliaban y abarcaban nuevos campos.

Para Marina, era cuestión de piel. Además, la relación con Bernarda le permitía evadirse a mayor velocidad, imaginarse cosas, tolerar los sonidos asquerosos e incesantes, ya ahora expuestos desembozadamente, como si fuera un derecho adquirido a partir del matrimonio mismo, que su marido hacía cuanto tenían sexo metódicamente por que quería tener un hijo.

Finalmente, unos meses más tarde, Marina se embarazó. Gustav quería mudarse pronto de barrio a otro más lindo y prestigioso, ahora que se agrandaba la familia. Además lo habían ascendido en su trabajo y podían costearlo. Bernarda lloraba y luego se deprimió, ya no tenía ni ganas de cuidar sus flores. Cuando estuvo todo listo, el departamento elegido y señado, autorizado por el Gobierno, la fecha probable de parto acordada con el sistema médico y Marina acomodándose una vez más a los vaivenes de su vida, que tomaba por rumbos inciertos,

meandros, aceleraciones y estancamientos alternativamente, en un acto final de despecho, Bernarda le mandó a Gustav por WhatsApp videos que había filmado estando con ella.

Él no reaccionó pasionalmente, ni su familia, fieles a su estilo. En cambio un frío desdén y negociación comenzaron con Marina. Le dijo que se haría cargo pero que quería divorciarse, no le gustaba sentirse engañado, traicionado.

Para Marina fue casi un alivio, sobre todo al comienzo. Se mudó a otro barrio más barato y más bohemio, con algunos problemas de transporte y energía pero sería cuestión de adaptarse. Su beba fue robusta y sana y el sistema educativo alemán desde muy pequeña se hacía cargo de las necesidades de los ciudadanos nacidos allí. Tendría tiempo libre, entonces.

No consiguió trabajo como actriz. Sí lo hizo como acomodadora en un cine-teatro de un barrio con programas sociales, pero no pasaría demasiados apuros económicos pues Gustav cumpliría su palabra y se ocuparía de la pequeña Elsa.

Al fin su vida no era como había imaginado pero tampoco era algo que una chica de Flores no pudiera manejar.

Este libro se trata de pensar la vida como las capas de un organismo a veces conocido, a veces raro, a veces misterioso, a veces fuente de obsesión, absurdo o risa. Es sororo porque todos los cuerpos pueden ser el propio, porque las experiencias y sus sujetos se licúan y asumen alternativamente en una voz múltiple y a la vez común. La piel, la ciudad, el cuerpo, la vida propia y las de los otros, las otras, especialmente, no se distinguen necesariamente ni tampoco pierden su potencia y singularidad. Es un libro paseo, testimonio, aventura y ensoñación.

Diana Rogovsky es artista, docente y gestora en danza. Escribe poesía y, desde hace ya algunos años, incursiona en modos de relato tales como el cuento, el ensayo y la crónica. Considera esta relación entre danza y escritura como un modo propio de hacer en ambas artes que practica sistemáticamente. Se formó en la Escuela Armar Danza Teatro (CABA), la Escuela de Danzas Clásicas de La Plata, la Facultad de Artes, UNLP y FLACSO, (CABA). Ha recibido reconocimientos del FNA, Fundación Antorchas, Instituto Prodanza, CPTI, INT por su trabajo artístico. Ha trabajado en cursos y con la tutoría de Revista Anfibia, Horacio Fiebelkorn y Nicolás Mavrakis. Trabajó como tutora del INFoD, MEN y es docente. Actualmente es directora de la Escuela de Danzas Clásicas de La Plata. En 2015 escribió su primer libro, *Una bailarina argentina*, editado por editorial Malisia. Integra la Cátedra Libre en Gestión Cultural de la Facultad de Artes, UNLP desde 2020.

ISBN 978-987-8348-95-7

